

EL
ESPECTADOR

POR

JUAN MONTALVO



TOMO TERCERO MARZO DE 1888.

PARIS

LIBRERÍA FRANCO-HISPANO-AM

J. Y. FERRER, 71, rue de Ren

1888.



BIBLIOTECA
NACIONAL
DE QUITO.

LA REPUBLICA FRANCESA.

En medio de las graves ocurrencias de estos días, el silencio que se guardase acerca de ellas sería fingido, y la indiferencia, sobre afectada, reprensible. ¡Indiferencia! Yo no sé lo que tiene este país, me ha dicho un americano; acaba uno de llegar, y ya está profundamente interesado en su política. Lo que tiene este país, no es un secreto de magia; es buenamente la ley por la cual los pueblos directores ejercen un poder natural sobre los que, sin advertirlo quizá, están recibiendo su influjo y viendo la parte que á ellos mis-

mos les toca en los triunfos y las catástrofes donde suben ó bajan las ideas comunes á todas las naciones civilizadas. La política es una encantadora que nos echa el guante, por mucho que huyamos de ella, si es que alguna vez huimos de buena fe. Los que huyen de esa fada maligna son como las mujeres que huyen para que las sigan, se esconden para que las busquen, y luchan para que las venzan. Si hay quien de veras la quiera mal, lo mejor que ése haría sería no ir á pasar por los términos de su señorío. ¿Quién puede resistir á Circe? La hechicera Malfado convierte en perros y puercos á los que se asoman por su imperio; la política suele ser más cruel; ella convierte, no sólo en perros y puercos á los que caen en su poder, sino también, y es lo más triste, en tigres y culebras. Y es tal su poderío, que nadie se le escapa. Si perte-

necemos á un cuerpo social, si andamos por sus caminos, de buen grado ó de por fuerza, y cuando menos acordamos, nos hallamos en los territorios de la hechicera Malfado. Los que aprietan los dientes y rechazan sus filtros, son caballeros probados y paladines invencibles; los demás, beben la ponzoña, y se ponen á echar veneno ellos mismos, convertidos en culebras, ó gruñen y se arrastran hociqueando el lodazal donde los ha puesto la maga. La libertad de imprenta hace milagros de mil colores: derrueca tronos, echa por tierra testas coronadas, proclama ideas grandes, funda nuevos gobiernos: esta libertad es útil, santa; es el bien más caracterizado de la civilización. La política, en este caso, no es Circe ni Malfado; es Minerva, diosa de la sabiduría, que tiene levantada en su brazo la antorcha con que está alumbrando el universo. Cuando la

libertad de imprenta atiza las pasiones reprobadas; cuando el odio, la venganza se expresan á su modo y con su brío; cuando atrás de la ambición está la codicia, debajo del patriotismo el egoísmo, y los hombres mienten, desbarran, insultan á los buenos y lavan la cara á los perversos poderosos, entonces la política es esa nigromante que ha convertido en víboras y puercos á los que han puesto los pies en sus dominios.

En el palacio del Eliseo vivía un anciano á quien la cordura propia y el respeto de los demás habían vuelto venerable. Después de nueve años de mando, su prestigio iba á más todos los días, porque los hombres saben que el cuerdo es más que el fuerte, y el bueno más que el poderoso. Si la fuerza ha hecho alguna vez cosa que valga, ha sido guiada por la

prudencia; y si el gobernante de poder absoluto no ha dado en la tiranía, ha sido merced á las advertencias de su corazón, que no era malo. Aquel viejo venerable era, no solamente cuerdo, sino también bueno; así es que anduvo siempre lejos de los senderos torcidos. Dicen que los bienes de fortuna tenían el poder de abrirle los ojos desmesuradamente, y que la sed de riqueza le quitaba el sueño; pero, si fué codicioso, lo fué dentro de los límites de la equidad, y si dió poco á los que nada tienen, no quitó la oveja al pobre, ni privó de la vida al condenado á muerte, siempre que estuvo en su mano el salvarle. Entre la murmuración y la burla, sin mirar á los aborrecedores ni oír á los denigradores, iba pasando majestuoso por medio de un pueblo, un gran pueblo, que si escarnece los vicios, exalta las virtudes, y si se ríe de los defectos, presta home-

naje al mérito. Llamábanle « buen hombre » sus adversarios; gritábanle: « ¡pobre hombre! » Pero él, que sabía que un buen hombre puede ser hombre bueno, y que un pobre hombre puede ser dueño de grandes riquezas interiores, no miraba en tan benignos agravios, ni dejaba plantarse el rencor en su pecho. Tan declarada era la estimación de sus compatriotas hacia él, que, llegado el término de su poder, lo levantaron de nuevo, y á una voz le declararon el más prudente de los ciudadanos. Y el viejo venerable iba adelante, creciendo en años y consideración, la ley en la mano, la banda de tres colores cruzada sobre la casaca negra. El morrión del general, la gorra estrellada del almirante, todo se movía respetuosamente en presencia de ese civil cargado de años; y si los partidos adversos hacían fisga de su moderación, esa misma virtud

humilde que les incitaba la risa era fundamento de la estimación que no les era dable negar á su rectitud y mansedumbre. El orgullo, el ímpetu, la voluntad atropellada suelen fundar sobre la marcha su imperio centelleante; imperio sin raíces, por cierto, pues los hombres violentos, si pueden lo que quieren el instante de la sorpresa, son estatuas henchidas de huracanes que se rompen por sí mismas y caen por el suelo. La conquista de los varones reposados, modestos en sus arbitrios, que se valen de la bondad y la persuasión, es larga y difícil; mas una vez que llega á cierto punto, es cosa hecha, y su obra permanece. La virtud puede ser impetuosa; pero cuando arde sin freno es loca sublime que se consume sin tardanza. La virtud tranquila es virtud sabia, porque ella da lugar á la meditación y el buen juicio, sin los cuales no

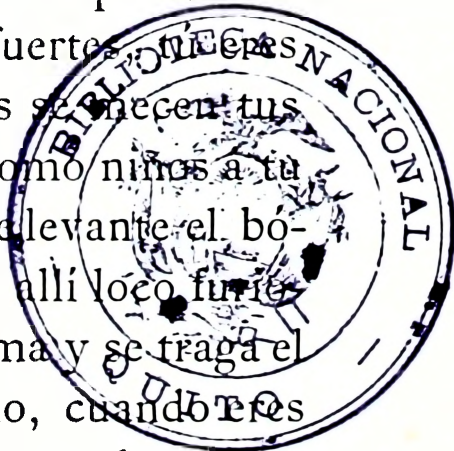
suele haber obras de consecuencia. El fuego intruso, fuego criminal, todo lo asalta, todo se lo come en su apetito selvático; y con ser principio de vida, da testimonio de su pasión destructora con los montes de ceniza que va dejando por donde va pasando. Este mismo elemento, aciago si anda suelto, es útil y bienhechor cuando está manso y obedece. De este modo el talento, el valor acometen, devoran, si obran sin regla ni medida; pero si se dejan domesticar por la sana razón y educar por la cordura, son la llama que está ardiendo en la lámpara de Minerva, ó el rayo del dios severo que no se desata sino contra los que han hollado bajo sus plantas las leyes de la virtud y la justicia.

Un día, día de sorpresa, no esperado ni previsto, los partidos enemigos se unieron y gritaron: « ¡Abajo el presidente! »

« ¡Abajo el prevaricador! » El pueblo se adhirió á los escritores, y gritó : « ¡Abajo el chocho! » « ¡Abajo, abajo el sin vergüenza! » ¿Qué había sucedido? ¿Había robado el pobre hombre? ¿había hecho traición á la patria? ¿ó había infringido las leyes en su favor? Una noche, el presidente de una gran República, autorizado con sus ochenta años de edad y nueve de gobierno; á quien emperadores y reyes habían tratado con deferencia, salía furtivamente de su palacio, sin más acompañamiento que un fiel amigo, ni más honores que el cuadrarse de un centinela, y, entre sombras, iba á refugiarse en un barrio de París, hasta cuando mañana el pueblo le otorgue el olvido, embelesado en las agonías de otra víctima. Sin el perro de Alcibiádes, ¿quién pudiera vivir en Francia? Las águilas de la imprenta gritan sobre los triunfantes, los

cuervos de la imprenta graznan sobre los caídos, pero no les sacan los ojos ni les arrancan el pellejo sino hasta cuando se presentan otros afortunados y otros desdichados. Los últimos son la cola del perro de Alcibíades que salva de la murmuración, la difamación á los que cayeron en las garras de los periodistas. Ya está olvidado el pobre viejo : cuatro días son mucho para la impaciencia, la inconstancia de los franceses; mas en tanto le olvidaban, ha padecido el triste anciano, á despecho de su serenidad; serenidad rebuscada, pues su espíritu estaba consumiéndose en una hoguera, y su corazón se retorció en el dolor. ¿Cuál es su delito en realidad? ¿cuál es su falta? Según la constitución francesa, el presidente de la República es inviolable, no puede ser acusado ni depuesto; y sin acusación ni fórmula de juicio, se ha

venido abajo, después de una tan porfiada como vana resistencia. Todos le abandonaron. Imperialistas, realistas, republicanos se levantaron contra él : los enemigos, redoblando su furor; los amigos, censurándole y aconsejándole poner su renuncia; y el pueblo, gritando en calles y plazas : ¡ Abajo Matusalén ! ¡ Abajo, abajo el chocho ! Oh pueblo, pueblo, cosa grande y temible ; tú eres como el mar, por cuyas ondas puede ir segura la nave, pero sobre cuyas olas izquierdea y sucumbe casi siempre. Mientras no soplan vientos fuertes, tú eres buen amigo, en tus brazos se mecen tus predilectos y se duermen como niños a tu amable arrullo ; pero que se levante el boreas, y corra y vuele, héte allí loco furioso, ó fiera grande que brama y se traga el mundo. Oh pueblo, pueblo, cuando eres mar tranquilo, te quiero y gozo de tu bon-



dad, aunque no me gusta en tí la calma chicha, porque entonces eres cadáver. Cuando eres mar bravío y te alzas en montañas, te admiro y gozo de tu grandeza. Oh pueblo, pueblo, si no eres mar, hazte león, ruges y colea, y enciende el aire con la lumbre de tus ojos. Si no quieres ser magnánimo, concedo que seas tigre; lánzate, devora; pero no te conviertas en cochino que da gruñidos y se revuelca escondiendo en el fango la cabeza. ¿Y por qué no serías el caballo fuerte y fiel que lleva á costas al sabio que va en busca de la felicidad de las naciones?

La cosa á que aspiran los más ignorantes, los más tontos, es cabalmente la más difícil del mundo : nada es más arduo que la gobernación de un pueblo; de pueblo como el francés, en poco está que no sea imposible, hoy, en medio de esta

tempestad que se llama libertad absoluta de imprenta, de palabra, de reunión. Si los partidos contrarios no destruyesen mutuamente sus fuerzas en su choque perpetuo, el que tiene el poder en la mano sería un juguete efímero. Por dicha los bonapartistas aborrecen más á los realistas que á los republicanos; los realistas engañan á los bonapartistas, y los demócratas tienen estas bellas denominaciones : Moderados, adelantados (*extrême gauche*), radicales, socialistas, anarquistas, blanquistas, y otros mil quinientos otros *istas* chiquitos que forman un ista monstruo lleno de pretensiones insensatas y sublimes, de locuras estupendas y ahincos grandiosos. La permanencia del gobierno es un secreto, ó más bien una ley de mecánica; resulta de la descomposición de las fuerzas. Un arquitecto había echado un puente muy

atrevido sobre un río salvaje en un pueblo de pocas luces. Aun no cerrado el arco, ese material de enorme pesadumbre, gravitando sobre las delgadas vigas, parecía que debía romperlas é irse al abismo todo junto. Vinimos nosotros á pasar por esos lugares en una incursión á las gargantas del Pastaza : ¿ En qué consiste, señor don Juan, nos dijo sonriendo el arquitecto, que esta débil cimbra resiste al peso que tiene encima? En la descomposición de las fuerzas, respondimos. Esta pobre gente, replicó él, me tiene por brujo, y no hallo modo de hacerme comprender. El equilibrio es la gran ley de la naturaleza, y aun de las sociedades humanas. La descomposición de las fuerzas es la vida del gobierno francés, cuya equilibrio resulta de la guerra que se hacen entre sí sus diferentes enemigos. Cuando éstos se unen

por un motivo general, no hay gigante que resista. Las fuerzas dejaron de descomponerse y destruirse unas á otras, y el volatín que vivía del equilibrio se vino abajo. ¡Pobre viejo! sin crimen ni delito, sin opresión ni tiranía, caído, no al odio, no al furor, sino al desprecio de sus conciudadanos. Hombre que ha dejado de ser estimado y considerado, no puede ser presidente de la República Francesa, han dicho los más juiciosos y pundonorosos escritores; y ha dejado de serlo el que ha perdido la estimación y consideración general. La causa, que parece liviana, es grande; y este derrocamiento infunde nueva admiración por este pueblo. Los franceses han derribado al presidente, por *su tolerancia*; tolerancia respecto de las especulaciones, granjerías é indelicadezas de un pariente suyo. En el pueblo del punto de honra, las indelica-

dezas son más que los delitos, y los abusos de confianza más que los crímenes. Podemos los extranjeros; los espectadores imparciales, compadecer al anciano desengañado; mas no podemos dejar de admirar á este gran pueblo y recibir sus lecciones. Ingleses y alemanes le llaman loco. Loco, puede ser; loco útil, por no decir necesario, al mundo. Así como la fuerza de la poesía proviene del grano invisible de locura que le da color, olor y sabor, así no hay política suprema sin ese grano de locura, que es la lumbre del genio. Locura, muchas veces, es sabiduría, sabedlo, oh sesudos ineptos, cuerdos sosos, que andais echando vuestra agua puerca sobre esa luz divina. El hombre vulgar, el tonto, carece de electricidad, y á un mismo tiempo su alma es sorda. Ni resplandor misterioso le alumbrá interiormente, ni

música invisible le despierta á las sensaciones y los gozos inmortales. Cuando ve resplandecer en otros, lejos de él, la chispa sacrosanta, se asusta como de un relámpago, y tiene por locos á los que lanzan de su pecho un armonioso fuego. Sin el grano de locura que está ardiendo en el corazón de Píndaro, en el de Pericles, no sereis ni poetas, ni políticos. Estos beben sus delirios en una fuente oculta, y de ella sacan las llamas bienhechoras con que envuelven á los pueblos y hacen vencer á las naciones. Fuego, santo fuego, arde en el pecho de los varones ínclitos, llámate locura, y fomenta los desvaríos que son la gloria del género humano.

En las repúblicas americanas, acá entre nos, oh amigos, sin que nos oiga nadie, ¿cuál es el presidente que se en-

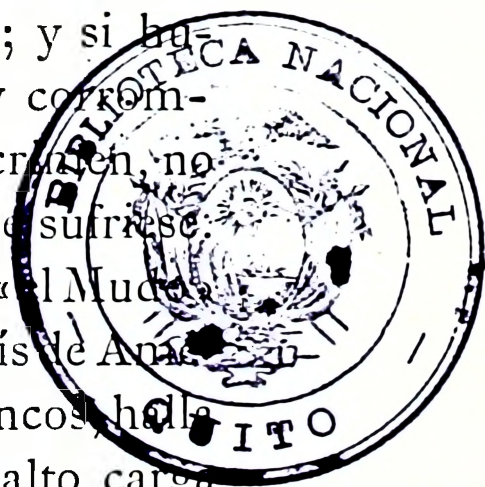
ajena una voluntad por *su tolerancia*? ¿qué revoluciones hacemos nosotros contra los *tolerantes*? ¿á qué presidentes indelicados derribamos? El ladrón, ladrón notorio é inverecundo, no pierde un amigo; al contrario, su partido crece y más crece. Para honra de la raza hispano-americana, adversarios no le faltan al pícaro, y con partido y todo, al fin se viene á tierra. Pero mientras no hagamos revoluciones fundadas en la tolerancia de los gobernantes, y no echemos abajo presidentes por sus indelicadezas, como lo acaban de hacer los franceses, no tendremos derecho á los más exquisitos miramientos, y menos á estarnos recreando con « los vicios de los pueblos carcomidos de Europa », como solemos decir en nuestro lenguaje precipitado y necio. El criminal que con el nombre de « el Mudo » ha quedado famoso en cierto

país de América, mientras principiaba á dar azotes y á castrar gente, se entonaba el estómago con el aperitivo del robo y la embriaguez. *Robandito*, decían sus parciales, encontrándose entre ellos y riendo, como los augures : *Robandito*. Los más austeros de los ciudadanos hallaban disculpa, allí muy cerca, para sus fechorías : Roba su poco el pobre, decían, pero no tiene mal corazón. Bebe su poco el pobre, pero no tiene mal corazón. De suerte que, si un pobre tiene buen corazón, puede robar y beber hasta el pelo huérfano, sin que nación, gobierno ni presidente sufran una mínima en su honestidad y decoro ? Esta excelente doctrina ha sido concretada por otros pensadores en esta fórmula : « En la política no cabe la moral. » ¿ No saben esos *urcu* - Maquiavelos y *sacha* - Talleyranes que si echamos á palos á la moral,

el templo de la política queda convertido en cueva de ladrones y casa de mancebía? Sí cabe la moral en la política; y por eso los gobernantes más rectos, probos y justos alcanzan el aprecio y amor de las naciones, al paso que los inmorales salvan la vida con la fuga, y, aunque vivos, entran en la inmortalidad de la picota. Los triunfos de la inmoralidad son transitorios; la moral es eterna, y sobrevive á sus detractores.

Caería yo en contradicción si me pudiese á defender ahora á capa y espada la virtud de las viejas naciones europeas, cuando en tres ó cuatro siglos de civilización y refinamiento han debido tener flaquezas y desvíos, de esos que son inevitables en la fuerza de la edad y la vanidad; digo tan sólo que en la órbita de la moral hay cosas que los pueblos suma-

mente jóvenes no aprecian en su justo valor, y caen, sin advertirlo, en pecado mortal, cuando piensan que el suyo no es sino un gracioso y elegante descarrío. Suponed que el presidente de la República francesa, en plena paz, toma un día tres ó cuatro jefes del ejército, les manda asaltar el Banco de Francia, apoderarse de sus tesoros y llevárselos á su casa. Vana suposición : la moral pública ha vuelto imposible este caso; y si hubiese un hombre harto audaz y corrompido que se precipitase en ese crimen, no habría, de seguro, pueblo que lo sufriese. El criminal que con nombre de «el Mudo» ha quedado famoso en cierto país de América, echa gente armada á los bancos, hace oficiales superiores que den el asalto, carga con los fondos públicos, y festeja su triunfo con uno como relincho que hasta ahora está resonando por los ámbitos del nuevo



mundo. Ved aquí una de las más hermosas y resplandecientes caras de la moral desconocida para los héroes que tienen derecho al mando en algunas de las repúblicas americanas. Por el contrario, misterios como los revelados por el *Pall-Mall-Gazette* de Londres son nunca vistos ni oídos en esos países. Por donde se ve que la inexperta juventud (no digamos barbarie) goza de sus ventajas; y que la vieja relamida y afeitada que se llama civilización, en medio de su crónica escandalosa, tiene sus virtudes. El pueblo que conservara los rubores de la inocencia después de quinientos años de experiencia y saber, ese fuera el verdaderamente feliz. Pero los arreboles de la mañana se parecen poco á los celajes de la tarde, y nunca llegará el día en que el crepúsculo vespertino se dé la mano con la aurora.

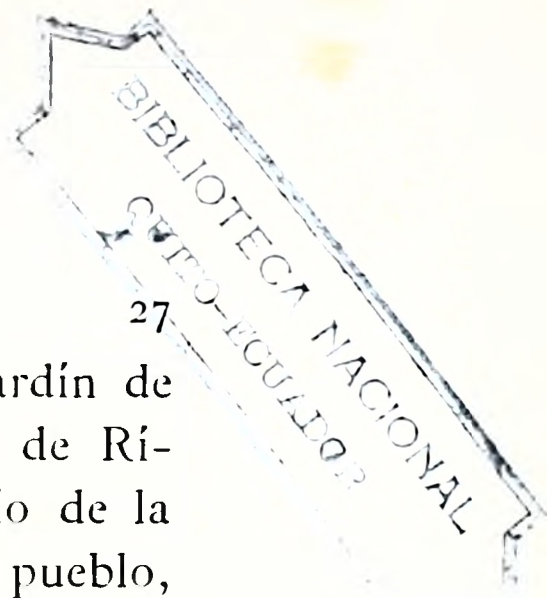
En son de observadores, y por dar fe de los acontecimientos, fuimos en vísperas de la elección del nuevo presidente á asomarnos por las vecindades del Cuerpo Legislativo. ¿Qué fuimos á buscar en esa galera? La primer carga de caballería nos barrió junto con diez mil personas de la plaza de la Concordia hacia el malecón del puente Real. El pueblo, cuando está picado el molino, tiene poco miedo, y es como el agua del mar, que va y viene en la resaca. Retirada de los soldados, vuelta de los diez mil. ¿Qué venimos á buscar en esta galera? Otra mitad de caballería nos carga, tirándose al galope del puente de la Concordia, y nos arrea hacia los Campos Elíseos, por donde nos derramamos en inmensa muchedumbre. Retíranse los soldados, retornamos los civiles. ¿Qué volvemos á buscar en esa galera? La Guardia Repu-

blicana, impaciente ya, carga de nuevo, y ahora no de chanza. El sable, como lengua de serpiente, vibra y brilla en alto, rompiendo la niebla que nos oscurece; pero el soldado, pueblo él mismo, hijo, hermano y amigo del pueblo, no hiere sino á última hora, por que sabe que no está en batalla, y que la parte contraria no tiene defensa. Estos muchachos de París que se llaman *boyous* son tipo único en el mundo. Carilargos, pálidos, bocones, no pierden ocasión de mostrar su temeridad é insolencia. Cuando la caballería venía cargando, uno de estos *boyous* ó pillos, lejos de huir, saltó al medio, y haciendo esa horrible mueca de escarnio que llaman *pied-de-nez*, dijo : Reverendísimos padres, están vuestas paternidades en su casa; hagan lo que les guste. Y como un sable se viniese relampagueando sobre él, con indecible agili-

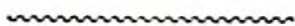
dad saltó al asfalto, y tomó refugio tras el Obelisco, riendo á todo poder. Bien es verdad que, como no estamos en el 2 de Diciembre de Luis Bonaparte, los soldados no van de veras, y si cargan, no descargan. La yegua normanda, herrada de pies y manos, grande como una iglesia, bastaría para hollar cien revoltosos; pero si se tiran á galope, dan siempre tiempo para la huída. El soldado de la Guardia Republicana es figura bella é imponente : pantalón azul-claro ajustado al muslo; bota rodillera de hule con espuela de platina; casaca azul-oscuro, de bocamanga, presillas y cordones colorados; y el casco á la prusiana enaltecido por el plumajín tricolor, componen esa estampa militar hermosa y elegante. Los hombres de esta Guardia son escogidos entre los más buenos mozos y robustos : cada uno de ellos sería

propio para mariscal de Francia, cuando no para rey; y ese bigote, bigote soberano, bigote Victor Manuel, los vuelve respetables y temibles en medio de su marcial belleza. Estos militares son el adorno de París; y como están lejos de la rusticidad y la ignorancia que suelen ser prendas de nuestra milicia, conocen las obligaciones de su profesión, sin olvidar los deberes sociales ni los lazos que los ligan al globo de los ciudadanos. Ved aquí cómo en uno de estos alzamientos de París, cuando no se llega á mayores, no muere mucha gente á los pies de los caballos y al sable de la Guardia. En una muchedumbre de treinta mil personas, que era lo menos que había ese día memorable; antes que gente civil, hubo soldados estropeados y heridos. El boulevard de San German, el malecón d'Orsay al otro lado; la plaza de la Concor-

dia á éste, los terraplenes del jardín de las Tullerías hasta la bocacalle de Rivoli; los portales del Ministerio de la Marina, todo estaba cuajado de pueblo, y grandes mangas iban y venían por la calle Real hasta la Magdalena. No se vaya á entender por pueblo la plebe únicamente; era lo que menos había en ese motín gigantesco, donde preponderaban la levita y el sombrero de copa alta. Periodistas, artistas, escritores, reporters, sociedades patrióticas, artesanos, jornaleros, de todo se compone ese belén, sin que falten las mujeres, cuando! Para gritar, correr, asustarse y desmayarse, ellas son; y si las sacan en brazos, eso es lo que se quieren. A Luisa Michel no la sacaron en brazos; pero, si la echaban de aquí, comparecía de allá: la llevan por el malecón d'Orsay, vuelve por la calle de Borgoña. La arrastran por el boule-



vard de San German, héla allí por las Tullerías. Pablo Deroulède estaba tronando en las gradas del palacio Borbón; la multitud gritaba : « ¡Al río! ¡al río el tonquinés! ¡al río Ferry! ¡que lo cojan! ¡que lo cuelguen! » La Guardia Republicana principiaba á enojarse, la función á encenderse, y era ya tiempo de dar por satisfecha nuestra curiosidad. Con gentil compás de pies, como dice Cervantes, nos fuimos retirando, y obramos como persona de juicio. Por la noche hubo algo más que porrazos y chichones, por que los manifestantes fueron servidos con algunos sablazos muy bien dados, lo cual no obstó para que el pueblo diese la ley en la elección de presidente; pues si no sacó al de su gusto, puso á un lado al que él no quería para gran regidor de República Francesa. —



URCU, SACHA



Después de esta lucubración que tiene una como resonancia política, no será malo quizá, á modo de post-scriptum, y como quien ofrecé descanso á los lectores, asomarnos por las orillas de la filología, y ver lo que quieren decir esos vocablos de una lengua muerta, que nunca había nacido para los pueblos de Europa. Latín no es, griego no es; ¿qué será? Don Ezequiel Uricochea, colombiano á quien conocí en París algunos años há, publicó una gramática de la lengua chipcha, la que hablaban las naciones de Idacanzas y

el Gran Zaque en la mesa de los Andes, á donde llevaron el acero y la cruz Frederman, Quesada y Benalcázar. Lengua que puede sujetarse á un sistema filosófico y tiene sintáxis, dejo de ver bárbara, y los hombres que la poseen han llegado á cierto punto de civilización y cultura. Las lenguas aborígenes del Nuevo Mundo, más que los vestigios de sus monumentos esculturales y arquitectónicos, están declarando al siglo décimonono que los muiscas, los incas y tlascaltecas eran naciones que habían puesto ya los pies en el reino de las leyes, las artes y la literatura. Don Ezequiel Uricocha, con su librito que de nada le hubiera servido en su país, se abrió las puertas de la Sorbona, y fué llamado á Bruselas de catedrático de lenguas orientales; pues si cultivaba las americanas, tuvo esa propensión singular, y aun extravagante, de consagrar su vida al

estudio de los idiomas del Asia, que tan raros conocedores tienen aun en los sabios colegios del viejo mundo. Cuando para beber el árabe en sus propias fuentes emprendía una peregrinación científica á Medina y la Meca, la muerte le salió al paso á la entrada del Desierto, y perdimos un hombre útil, un docto en el oscuro y vasto campo de la filología. ¡Pobre joven! Al irse, no estaba cierto del regreso: con la melancolía de los que se despiden para lejanas tierras, estrechándose la mano fuertemente, me dijo: Don Juan, ¿nos volveremos á ver? Se fué, no volvió. Vaya este recuerdo al estudioso, el valiente que no temió irse al fin del mundo en busca de conocimientos que completasen su doctrina y diesen fuerza á su profesión. ¿Acaso todo ha de ser olvidar á los útiles, los abnegados y generosos? Dejemos de ser ingratos una vez

al año, y descontemos con una lágrima, si es posible, los mordiscones con que los hispano-americanos, en mala hora, solemos perseguir y atormentar á los que, entre nosotros, en algo son superiores á nosotros. Este vicio nos viene de casta; mas consuélenos el pensar que, después de cincuenta años de hambre y dolor en él, y trescientos de indiferencia en ellos, nuestros buenos padres han levantado una estatua de bronce á Miguel de Cervantes.

Los honores que alcanzó Uricochea con sus estudios acerca de los idiomas del Nuevo Mundo, podrán servir de freno y guía á los indianos que por allá ostentan ese desprecio tan aristocrático por todo lo que es de los indios; como si el saber, en cualquier materia, fuese motivo de desconsideración y diese lugar á la vergüenza. Personas hay que saben ad-

mirablemente el quichua, y no entienden una palabra de esa misma lengua que bebieron en la leche de sus nodrizas y comieron en el maíz de sus haciendas. No es de gente principal hablar la lengua de los indios, y así, no la hablan ó la ocultan, ruborizándose de conocimientos que fueran un timbre en la universidad de París, y obtuvieran la medalla de honor en un concurso literario. Pues yo afirmo que, por mi parte, diera la mitad de mi ya escaso caudal de lengua castellana por la mitad de la que hablaba Moctezuma en el trono de Méjico, y la suave y graciosa en que los príncipes de Huaina-Cápac enamoraban á las hijas del sol. Yo no finjo que no sé el quichua, verbi-gracia; lo que tengo ganas de fingir es que lo sé; pero si en realidad no soy filólogo anticuario, puedo explicar los gero-glíficos que estampé al principio de mi

libro. Para mis compatriotas, ellos son claros como la luz; mas en España sería el diablo si alguien atinase á saber lo que son un *sacha*-Talleyrand y un *urcu*-Maquiavelo; porque si es verdad que los conquistadores imprimieron la fe de Jesucristo en los conquistados, les pidieron prestado un poco de oro, y tomaron en depósito sus más lindas doncellas, de su lengua no quisieron jota; y más sabrá de quichua un alemán ó un ruso que un español. Uno de sus primores es la maravillosa flexibilidad con que se acomoda á las palabras compuestas, en lo cual tiene conexiones impremeditadas con el inglés. El francés, en esta parte, es triste y pobre; sus compuestos son dislocados, inarmónicos, y aun ridículos, cuando tantas bellezas encierra en sus otros departamentos. Una muchacha que trae bandos, ó está de malas, con un ñato muy mono en

la casa que yo habito, así como le ve, abre su ventana y le grita: *Nez-cassé! viens donc me battre!* Este *nez-casse* insonoro y prosaico, tiene un admirable equivalente en quichua: de un feo de nariz quebrada, dicen los indios: *Paquisinga*. El *urcu-camasca*, el *sacha-runá* ofrecen al espíritu ideas imposibles de expresar en otra lengua. Llevado de esta analogía, me he dejado yo decir: *Urcu-Maquiavelos* y *sacha-Talleyranes*; esto es, *Maquiavelos del monte*, *Talleyranes de la quebrada*; locuciones que convienen á ciertos ignorantes que, siendo animales monteses, ó hijos de las grietas, pican por alto y dan puntada en la tela del legislador y el hombre público, echándose encima una espesa capa de ridiculez. Sin lo ridículo que derraman esas palabra compuestas, no significarían gran cosa. *Sacha-poeta* se puede llamar ventajosa-

mente á un poetastro; y *urcu-Voltaire* diremos de uno de esos descreídos tan graciosos que andan fingiendo impiedad y burlándose de lo que, en su conciencia, creen y temen como sencillo é inocente vulgo.

Si el *urcu-Maquiavelo* es común en América, el *sacha-Voltaire* no es de lo más raro entre hombres de *ideas avanzadas*, para hablar gabacho; ideas descabezadas y descoladas, para hablar lengua de Castilla. El *sacha-Voltaire* se tiene firme, hasta cuando le duele la barriga; en esta emergencia pide confesión, y se va á los infiernos muy católico. Me agradan los *urcu-Talleyranes*; pero no hay cosa que más me guste que un *sacha-Voltaire*. El *sacha-Voltaire* es religiosísimo, á oscuras. Se persigna para acostarse, si nadie le ve; reza entre

dientes para levantarse; pero antes de almorzar habrá echado ya algunos pasadores á la Santísima Trinidad, y habrá puesto en tela de juicio la pureza de María. El sacha-Voltaire oye misa, pero nunca entera : su prurito es decir : « Oigamos un pedazo de misa », y entrar tarde á la iglesia, allá á eso de la elevación, para tener el gusto de no hincarse en la crisis del sacramento, y hacer rabiar á las beatas. Ayunar, no ayuna ; comer carne, la come en viernes santo ; mas, si viene á morir un pariente suyo, un amigo, reflexiona, y deja de mofarse durante quince días ó tres semanas de las penas eternas ; transcurridos los cuales, el olvido se le come el miedo, y vuelve con más fuerza á su elegante ortodoxia. Esto es lo donoso de su impiedad, que la simula por moda y preponderancia filosófica. Sus doctrinas son

volátiles y no nada peligrosas, por que no tienen fuerza de propaganda; pero de un *sacha*-Voltaire convertido y arrepentido huyo como del demonio, por que ése tiene para sí que Dios no le perdona su ridícula herejía, si no echa á las fieras al que, sin ficción, ostentación ni vanidad, saca sus ideas de la luz y edifica sus convicciones sobre la conciencia. Victor Hugo pudo rehusar cortesmente la visita del arzobispo de París, sin que esto influyese un ápice en los funerales de rey que le hicieron los franceses, católicos, protestantes y librepensadores. En las comarcas afortunadas donde el que no se confiesa es pasto de perros, medite despacio el moribundo, porque, ¡cuán triste herencia para los suyos, si sus huesos están blanqueando, pelados por las aves carnívoras en un lugar tenido desde entonces por maldito! Cosa rara; todos

desean volver á morir en su patria; yo deseo volver á vivir algunos años en la mía, y salir á morir entre cristianos.

Yo vi, y éste no es sueño, sino historia, un caso que, después de muchos años, se me presenta al espíritu más á menudo de lo que requiere mi tranquilidad futura. Había muerto el ministro de los Estados Unidos en cierta capital de América. En tanto que sus deudos ocurrían por sus restos, el Gobierno dispuso que fuesen depositados en una capilla extramuros de la población. El obispo, revestido de sus hábitos pontificales; el internuncio, azuzando, medio oculto tras él; una manga de pueblo engañado cerraron el paso á la comitiva fúnebre, oponiéndose á que el cadáver entrase al convento á donde se le llevaba. Con los Estados-Unidos no hay vuelta-usted-luego: los

monitores de la escuadra del Pacífico están ahí para vengar los agravios de sus muertos, y no hubieran tardado en presentarse bramando en las embocaduras de esos ríos. El gobierno, católico, apostólico, romano, pero prudente, mandó una mitad de caballería que, lanza en ristre, barrió con obispos, nuncios y devotos encapados. El cuerpo del ministro pasó, su familia ocurrió por él, la República se escapó de una tremenda, y nadie perdió nada con esa hospitalidad transitoria á un difunto ilustre. Seamos justos con nosotros mismos y digamos que muchos de los actos de barbarie que se nos imputa ó que cometemos verdaderamente, son obra de algún civilizado europeo, quien, una vez que se halla lejos de su patria, es más bárbaro que nosotros. El autor de ese motín contra el cadáver de un ministro plenipotenciario

fué, en realidad, otro miembro del cuerpo diplomático; pues el obispo que mostraba la cara no hacía sino seguir el impulso de un sacerdote más autorizado que él, y por ventura obedecer á su superior. Hombre bueno y de buenas intenciones, pero de cerebro enflaquecido por el ayuno perpetuo y las mortificaciones corporales, no halló en sí mismo luz suficiente para alumbrarse, ni fuerza para defenderse. El italiano que en ese conflicto ponía al clero nacional usaba de mala fe tanto mayor, cuanto que él estaba viendo la sinagoga al lado de la basílica de San Pedro, y el gran rabino libre y seguro en la ciudad del papa. Con esa hoja de servicios ha ascendido el famoso internuncio; mas yo le quisiera preguntar si en Bruselas ó en Viena ha ido á oponerse al paso de los cadáveres que adelantan en busca de la madre tierra,

alivio y refugio de todos los mortales ? Si un ministro de los Estados Unidos está expuesto á estas aventuras de ultra-tumba, ¿ qué suerte correría un simple *hijo del país*, donde no hay cuerdos y piadosos arzobispos de París que intenten, pero que no fuercen ; que prediquen caridad y amor, y no sangre y violaciones insensatas ? Ya veis á donde me han arrastrado las palabras compuestas. Si el *sacha-Voltaire* no se viene á mí cargado con sus ferocidades debajo de sus ridiculeces, Dios sabe, lector, si hubiéramos acabado por una larga risa ; pero donde la sepultura se nos ofrece á los ojos, todo cobra aspecto de dolor y tristeza ; y por ahora, si no me es dado reir, no quiero tampoco oscurecerme la vista y el corazón con lágrimas que plegue al cielo que sean infundadas...

El quichua, que es la lengua del reino del Perú, comprendido en él el país de los schiris, vasto imperio conquistado por Huaina-Cápac, no debe de ser muy abundante, pues no tiene sino tres vocales : *a, i, u* ; así es que, los que le llaman *quechua*, á sabiendas quizá, españolizan el nombre. Muy abundante no será, en lo cual no pierde mucho, según el sentir de un crítico español que ha censurado en mis escritos la abundancia de mi vocabulario. Molière, dice, en todas sus obras maestras, no usó sino dos mil palabras, y con ellas compuso su « Misántropo », su « Tartufo » y sus « Mujeres sabias ». Pero como ése es hombre de mucho talento, y, á un mismo tiempo que no admite el excesivo caudal de mis expresiones, se ha dejado decir cosas tan abultadas en mi favor, muy bien me guardaré de ponerme en quintas con él ;

antes concedo que me afea el vicio de los Fúcares, quienes calentaban su palacio quemando en las chimeneas montones de canela y clavo aromático, cuando tenían de huésped á Carlos Quinto. El vocabulario de esos señores no era tan pobre que digamos, y cuando decían « tin tin », asordaban el mundo y se metían al bolsillo reyes y emperadores. Si los hijos del viejo de Francfordia no tuvieran sino dos mil pesos, no hubieran podido componer las obras maestras de incorporarse en la nobleza europea, y, señores barones, con larga mano, hacer favores á los gobiernos y dar la ley de la Lonja en sus dominios. Anselmo de Rothschild les perdona, yo presumo, á sus herederos Jacobo, Alfonso, Adolfo y Arturo el que hayan llegado á adquirir algo más de dos mil pesos y hablen la lengua amarilla y resonante de vocabula-

rio portentoso? No es malo disponer de dos mil ojos de buey, y lo bueno sería gozar de dos millones con que hacerse respetar de los urcu-Talleyranes y temer de los sacha-Voltaires. Sabido es que el millonario tiene pasaporte para la otra vida y salvoconducto para la gloria eterna. Como yo pueda dejar doscientos mil patacones á la Iglesia, seguro está que ni párroco ni obispo me nieguen la sepultura. Su Santidad León décimotercio, aceptando los presentes del Gran Turco, y enviándole sus salvadoras bendiciones en su jubileo, está diciendo muy alto que, si las dos mil palabras de Molière sirven para componer « Tartufos », el dios de veintitrés quilates se halla de bien á bien con todas las sectas y doctrinas, y que no hay canónigo, bonzo ni derviche que no guste de calentarse á fuego de canela y clavo olo-

roso (1). Yo pienso que la lengua de los Rothschiles, nobles de primera clase, no debe de carecer de la *e*, y menos de la *i*; por que si careciera, ¿ cómo pusieran los puntos sobre las *ies* esos Fúcares modernos que les cortan el ombligo con humo de plantas indicas y sabéas á los Carlos Quintos de Viena, Berlín y Londres? Huaina-Cápac y Atahualpa, menos opulentos, no tenían sino tres vocales; ni habían menester otra cosa para ser hijos de la luz y hallarse en misterioso contacto con el padre del universo. Si no de los más abundantes, el quichua es de los más armónicos y suaves. Dicen hoy que el italiano es la lengua del amor, por que es

(1) « Acabo de encontrar en la antesala del cardenal Rampolla al patriarca armenio, comisionado para poner en manos de Leon XIII el regalo del Sultán, regalo que consiste en un maravilloso anillo cuyo precio es de doscientos cincuenta mil francos. »

El reporter de « EL FIGARO ».
Roma, diciembre 29 de 1887.

la del dulce *sí*; pero en el quichua hasta el *no* es prenda de felicidad : cuando una palla ó una hermosa hija de casique responde : *Mana munani*, el pretendiente desengañado se figura que esa amable negativa es una declaración de amor ; que cuando una india apasionada dice : *Cuyanimi, cuyanimi*, te quiero, sí, te quiero, en los versos del Petrarca no hay locuciones más tiernas y amorosas. Don Francisco Pizarro, gran forzador de indias, no estaba por esperar, es cierto, el dulce *arí* ; y así no puede informar sobre si el quichua es ó no más adecuado para el amor que el italiano. Para ese hombre de fierro no había *sí* ni *no* : á su mudo querer ó al taco formidable que salta de su boca rueda por el suelo la cabeza del rey prisionero, mientras hijas y viudas de los vencidos no corren tan buena fortuna como las de Darío en manos de

Alejandro. Atahualpa no fué un *urcu*-señor ó rey del monte, ni Pizarro un *sacha*-guerrero ó militar de la quebrada : tan franco el uno como el otro, llanamente han dejado en el Nuevo Mundo muchas gentes y muchas palabras compuestas de quichua y español; aunque el bueno de don Francisco todo lo dejó descompuesto en el Perú y las comarcas adyacentes. Quiera el cielo que nosotros, si descomponemos la frase castellana para darle aspecto y contornos de francesa, compongamos algún día la República, enderezando nuestras leyes, nuestras propensiones y costumbres.



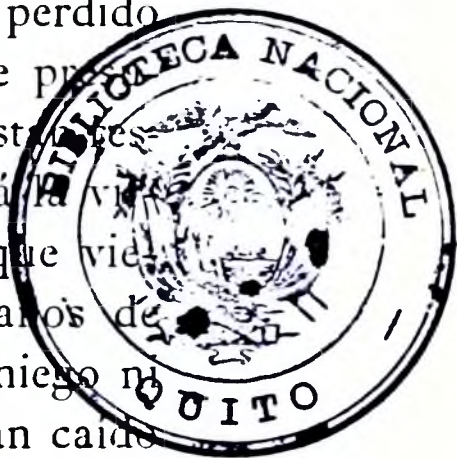
LA CARIDAD EN PARÍS



La mendicidad no puede vivir sin la caridad, así como la caridad no pudiera vivir sin la mendicidad. La miseria es madre de la limosna, por que sin el hambre el pan no hubiera nacido. Ved aquí el modo cómo las desgracias suelen ser cuna de las virtudes, y cómo el género humano reúne en sí mismo éstas que parecen cosas opuestas, cuando en verdad no son sino condiciones de su naturaleza. Los pesimistas recogen en la mano las lágrimas de los pobres, y las van enseñando por el mundo como testi-

monio de la maldad de los ricos; más, ¿por qué no recogen también las miradas de gratitud con que el hambriento, el mendigo saludan á la misericordia que pasa vestida de seda y pedrería fina? Habiendo tratado de la mendicidad en París, no pasaría yo por hombre recto á mis propios ojos, si no tratara asimismo de la caridad en París, cuando la veo en todas partes y en mil formas. « Aquí no hay corazón », dicen el día que llegan ciertos viajeros sin ojos en la inteligencia ni oídos en la conciencia. ¿Qué corazón ha de haber para esos desheredados que, si tienen hambre y sed de carne y vino, se hallan lejos de las sublimes necesidades que impelen hacia la luz al alma bien dotada? « Aquí no hay corazón... » ¡Como si las pasiones delicadas, las afecciones puras y santas huyeran del azote de la civilización! ¡Como si

la bronquedad del pecho, la dureza de las entrañas fueran toques indispensables de cultura! Aquí no hay corazón... ¿Y desde cuándo no lo hay, y en qué conoces que no lo hay, oh tú, necio hablador que no perjudicas con tus informes, porque no hay quien oiga tus difamaciones? A las sociedades humanas que han vivido mucho y han llegado á cierto punto de madurez y pulimento acusan los filosofantes de haber perdido la flor de la inocencia; pero, ¿quién la ha perdido antes que los semibárbaros que pretenden ser hombres de civilizados, y no manifiestan apego á la inteligencia ni apego á la virtud? Los vicios de los pueblos que vienen á cuestras con quinientos años de sabiduría, artes y leyes, no los niego ni los puedo negar; pero si ellos han caído en los errores de los que saben mucho, nosotros no estamos cayendo todos los



días en los de los que nada saben? Si por desgracia del género humano él ha de morir con sus defectos, consuélenos el pensar que las virtudes son inmortales, y andan de parte de Dios descontando las malas obras y los crímenes con que el hombre señala su camino por el universo á lo largo de los siglos.

Hay muchas moradas en la casa de mi padre, dice el hijo de Dios; así hay muchas moradas en la casa de la caridad. Su organización, su administración son portentosas en París; y si el Estado tiene por grande este asunto, las personas particulares ponen de lo suyo más de lo que buenamente pudiéramos pensar los que decimos que aquí no hay corazón. La caridad oficial, caridad pública, tiene tres departamentos: está dividida en hospitales, hospicios y asilos. Los hos-

pitales, grandes y soberbios, son catorce, y están abiertos á todas las naciones, amigas y enemigas.

Los hospicios tienen carácter menos generoso y grandioso, pues de ellos no gozan sino los franceses, y de algunos de ellos, tan sólo los parisienses. Los asilos no ofrecen sino una caridad transitoria, efímera, que salva del hambre ejecutiva y de la nieve presente á los desgraciados que van á llamar á sus puertas, sean éstos franceses, ingleses ó americanos. Si es alemán el muerto de hambre que se presenta, nadie le pregunta ni de dónde viene, ni lo que quiere : el caldo succulento, el pan que le ofrecen no tienen nombre patronímico : fueron cocidos y amasados en el cielo, patria de todos los que aquí bendan las llagas de sus semejantes y enjugan sus lágrimas con mano

amiga. Al amanecer del otro día, el huésped de una noche tiene su desayuno, toma su bordón, da gracias á Dios y á los hombres, sale arrastrando las sandalias del peregrino, y se engolfa de nuevo en el laberinto de esta Babilonia donde los harapos y el terciopelo se codean sin venirse á las manos. Si el huésped nocturno lo solicita, por que no sabe qué hacerse ni á dónde ir, puede quedarse tres días en el asilo; transcurridos los cuales, no le matan, si no se va, como hacían ciertos bárbaros de los bosques del Nuevo Mundo; pero sí le recuerdan que los reglamentos no conceden sino, á lo sumo, tres días de hospitalidad. Como el flujo de desconocidos sin pan ni casa es permanente, la alternación es necesaria; pues si todos los que llegan se fueran quedando, ¿qué caserones ni conventos serían suficientes para esa triste inmigra-

ción? Las prácticas religiosas no son obligatorias en estas fundaciones; pero dicen que, después de comer, no hay ejemplo de mendigo que hubiese protestado contra la caridad que está recibiendo, por medio de una impía negación de gracias al padre invisible del asilo, que es el que nos da de comer á todos. Los que no quieren asistir al oratorio, se tiran de rodillas al pie de su cama, y á solas dicen: Señor, bendito seas! Señor, bendito seas!

Los grandes hospitales están servidos por los médicos y cirujanos más célebres de París, y en muchos de ellos hay clínica, á donde van á consultar sus males gratuitamente los enfermos que no pueden comprar la salud. La salud, cuando es comprada, es muy cara en este país: dígalo el doctor Pean, quien lleva veinte

mil francos por una operación de su mano, cuando el paciente es de los que pueden hacer el gasto; que á los pobres no lleva nada. La salud no es lujo, es artículo indispensable : el que salva la vida á un millonario, ¿qué le pide con pedirle cinco mil duros? Si la vida estuviera de venta, ricos hay en la sepultura que salieran á vivir mendigos, dando por ella todo lo que dejaron á sus herederos. El avariento sería el único que se viese en un conflicto, y sería muy capaz de quedarse en poder de los gusanos, antes que salir á la luz del mundo á costa de cuatro pesos. El hospital Necker, el Lariboisière, el Hôtel-Dieu, son dignos de esta gran ciudad, y modelos de fundaciones de este género. En *La Maternidad*, la misericordia toma aspecto más bello é imponente, como que sirve de lecho á la madre desvalida y de cuna al niño que

no tiene padre. En La Maternidad van á depositar el fruto de su amor y su falta las mujeres impedidas, y nadie tiene derecho de preguntarles su nombre. Cumplida la dieta, sale cada una con su hijo, si lo puede criar; si no, lo deja al cuidado de la casa, donde hallará padre y madre en el Estado. Esta no es casa de impedidas solamente; las pobres, aun cuando sean casadas, van á parir en brazos de la caridad; bien es verdad que muchas veces, por una extravagancia de las que suelen ocurrir, la esposa es de peor condición que la concubina, y el hijo natural, y aun el espúreo, gozan de más ventajas que el legítimo. Así, por ejemplo, las solteras tienen derecho á exponer sus hijos en la casa de huérfanos, y entregarlos á los empleados públicos, mientras que la casada no lo tiene. Esta que parece injusticia, inmoralidad y ab-

surdo, no es sino lógica; dura, tremenda, pero lógica. Si el Estado le descarga de sus deberes civiles y naturales al padre, ¿qué suerte corren la ley, la naturaleza? Las imposiciones de esta buena madre son siempre sabias: el legislador que propendiese á debilitar sus leyes, no obraría en provecho de la nación.

La Maternidad de Roma, que ha servido de modelo á los establecimientos de esta especie, ha quedado único, sin embargo, en las mil delicadezas con que el Estado favorece á las mujeres en el mayor conflicto de su vida. La que entra en cinta, puede entrar con careta, hurtar el rostro á todo el mundo mientras permanece allí, y salir sin que persona humana pueda decir si es fea ó bonita, patricia ó plebeya. ¡Y desgraciado del que la siga ó trate de saber algo respecto de

esa misteriosa incógnita! En estos últimos tiempos han abolido el *Torno* en París; cuando esa casa de misericordia existía, el Torno era tan sagrado como La Maternidad de Roma. La madre indigente, y aun la desapiadada, que quería exponer á su hijo, iba cubierta de un velo, depositaba en el torno el niño, y se volvía, sin que á nadie le fuese dado seguirla. Hoy la caridad, en este punto, es menos sigilosa y requiere más franqueza: la madre está obligada á presentarse y declarar los motivos por los que expone su hijo. Algunas mujeres contestan: « por que soy joven y bonita, y no quiero marchitarme ». Oh muchacha sin entrañas! sabe que el cumplimiento de los deberes maternos fomenta la juventud del alma y da lustre á la belleza. El amor profano, amor al hombre, desenfrenado y ciego, ése es el que te marchita. El amor á tu

hijo, sér inocente que sale de tu seno confiado en la mirada de tus ojos y la leche de tus pechos, ese amor te da fuerzas y frescura. Y si te marchitas por que le alimentas, la delgadez, la palidez que te afligen anticipadamente como si debieran ser tu ruína, te valdrán una corona allá donde el deber cumplido es mérito y el respeto á la naturaleza gran virtud. ¿Qué elixir más prodigioso que el néctar que apuras á cada instante en los labios de tu parvulita? ¿Ni qué secreto más eficaz que los rayos de luz que brotan de sus ojos y se van á través de los tuyos á rejuvenecerte el corazón, innundando de un fulgor divino tu naturaleza? No la quieres criar, por no envejecer; pues dí que eres antigua en la maldad, y que estás madura para el desprecio y el aborrecimiento de los hombres. La juventud conservada en perjuicio de tu hijo, es ro-

bo á la naturaleza : ella puso en la parte más noble de tu cuerpo esos dos vasos primorosos, ella los llena del licor que es la vida del recién nacido; ¿piensas que te es dado frustrar los planes del Criador, reírte de sus dones, como de presentes ridículos, derramar la leche de tu prole en los sumideros de la vanidad, y quedar impune? Nada te sucede por de pronto; pero, cuando no puedas rehuir la vejez que temes, cuando el amor te eche de su casa y los placeres te tiren piedras, entonces, sin apoyo, por que serás odiada; sin esperanza, porque la primavera de la vida no vuelve; sin consuelo, porque el hijo que expusiste no te conoce; entonces, digo, llorarás, y en tus desesperaciones, gritarás : « Hijo, hijo de mis entrañas, si te hubiera criado, tú fueras el báculo de mi vejez, tú fueras el amor que no se olvida ni se cansa, y yo vivie-

ra, vieja y fea, pero feliz con poseerte. » Por codicia de amor liviano, diste el amor fundamental; por sed de placeres criminales, perdiste las santas fruiciones de la madre honesta y buena : padece y llora, y ve cómo si la estación de las locuras es breve, la de las hambres y las lágrimas es larga. No quisiste criar á tu hijo, por no marchitarte; ¿y ahora estás fresca? No lo criabas, por que eras joven y bella; hé aquí que los años se han burlado de ti, y la hermosura se te ha ido robándote el gozo de la vida.

La *Asistencia pública* es otro depósito sagrado donde comen los hambrientos y beben los sedientos que no han llegado á ese grado supremo de miseria que obliga á solicitar un rincón en el hospicio. La Asistencia pública distribuye limosnas á las familias cuyos medios de

subsistencia no son suficientes para el número de sus miembros; aunque esta caridad no se hace á ciegas, pues los reglamentos exigen pruebas de pobreza, las cuales no las pueden dar los quejumbrosos sin razón, y no las quieren dar los orgullosos que gustan del pan ajeno, pero traído á oscuras á su casa y comido por ellos como si no fuera limosna. El hambre y la soberbia no andan juntas de buena gana, ni se profesan afecto sincero. La soberbia, hinchada, irritada, eléctrica, suele sucumbir al hambre, ese entre flaco y débil que se ríe de ella. Verdad es que las parcas son pálidas y secas, y no hay deidades más fuertes. ¿Qué es el hambre sino una parca? Orgullo, soberbia, con ser animales bravos, se le rinden. El que le hace cara y muere en sus garras, es quizá filósofo que tiene en poco la vida, antes que monstruo de va-

nidad y resistencia ; si bien es cierto que la filosofía, en ocasiones, cobra tal aspecto de sencillez y modestia, que verdaderamente viene á ser persona humana. Si tuviera con qué comprar una capa, dijo una vez Sócrates en presencia de sus amigos, la comprara para este invierno, por que la mía está muy vieja. Al día siguiente cuatro capas primorasas estaban en su casa. Guardó la que le envió Alcibíades, y las tres las dio á otros más pobres que él. Esa franqueza del maestro era alta opinión de sus discípulos, quienes, lejos de llevarla á mal, la tomaron como prueba de estimación hacia ellos. Al que ha menester una capa hoy día, ¿le ofrecerán cuatro sus amigos? Ciertamente ; lo difícil sería hallar quien la aceptase, y menos quien la pidiese. Entre buenos y generosos, el ofrecer es lo común ; lo raro es el admitir. Filósofos

que por la sabiduría y la virtud están subiendo al cielo, pueden honrar á sus discípulos con esas dulces humildades con que nos recuerdan que son nuestros semejantes, y que pueden tener hambre, si no tienen que comer, y frío, si no tienen que ponerse. ¿Cuál es más, pedir una capa Sócrates, ó dársela sus amigos? Dar, cualquiera da; pedir, no piden sino, ó los muy pequeños, ó los muy grandes. El negar un auxilio indispensable, el huir del hombre de mérito en los horribles conflictos con que la suerte suele mofarse de la naturaleza, ése no es defecto de hombres buenos. ¿Qué fruición más delicada que la obra con que salvamos á un útil y virtuoso? Mas de estas puras y nobles sensaciones no son capaces sino los seres eminentes que hallan placer en lo que enfada al vulgo, y van acumulando en el comercio de la socie-

dad humana los hechos, claros aunque oscuros, que forman la riqueza del espíritu. Bellas son las ocasiones que se nos ofrecen de favorecer á nuestros inferiores; las de proteger y servir á los que valen más que nosotros, son grandes y felices.

Las sociedades protectoras de la infancia, patrocinadas por el gobierno; las casas de huérfanos, los asilos especiales de ancianos, los refugios de todo género de que París está rodeado, hacen de la caridad oficial un gigante de cien ojos y cien brazos. Ahora la caridad particular, privada, es una oropéndola de mil colores, viva y bella, por que la parte que toman las mujeres de rumbo, las señoras nobles y ricas, es la sobresaliente. Inundaciones, terremotos, incendios son cosa suya. España ha visto á esta gran Fran-

cesa, digo la caridad; la ha visto en Murcia alargando la mano á los que se ahogaban; la ha visto en Andalucía sacando de los escombros á los agonizantes, lavando las lastimaduras de los estropeados. Italia la ha visto en la isla de Ischia. Inglaterra, Austria, Alemania misma, no dejan de verla siempre que una calamidad pública llama la atención de esta santa cubierta de diamantes que se llama caridad parisiense. Santa vanidosa, santa loca, pero santa por sus obras. ¿No he visto yo mismo á las más ilustres damas del barrio de San Germán, convertidas en mendigos, alargar la mano armada de un platito á los asistentes al concierto, el baile, la venta que organizan en favor de los necesitados? Un día, en la sala de los festines del Gran Hotel, hubo un concierto presidido por la reina de España. La entrada, de

veinticinco francos por persona, era ya auxilio suficiente para los pobres á quienes esa vez tocaba la polla. ¿ Pensais que las damas se contentaron con eso? Después del entreacto de Massenet titulado *Erodiada*, se hizo silencio; y levantándose cuatro ó cinco señoras, ó digamos más bien deidades olímpicas, por que eran de las más encopetadas y hermosas, se pusieron á recorrer la sala con unas bandejitas de plata forradas interiormente de terciopelo carmesí. ¿ Quién hubiera sido el triste que hubiera echado allí una pieza de plata? Todo fué oro. Cuando una de esas sirenas vino á pasar por delante de mí, su bandeja estaba rebosando en luisas relucientes é insolentes. Aquí teneis á la belleza, la riqueza, la nobleza convertidas en correveidiles del hambre y los harapos. Sea caridad humilde y sincera, sea vanagloria y prurito

de manifestarse, el efecto es real; y una vez que el pueblo infeliz, los desheredados del mundo son atendidos, importa poco que en su servicio entre un tanto de ostentación y ligereza. Si el orgullo se pone á las órdenes de la piedad, reconoce de hecho la supremacía de la virtud, deja de ser vicio, y pide se le disimulen algunas de sus insolencias. Otras veces las señoras se vuelven comerciantes, y aun mercachifles: hacen tiendecitas, venden chucherías, ofrecen dar rebajando. Tanto rebajan, que un ramo de violetas de Niza les vale un billete de banco, y por un escapulario dará doscientos francos el devoto de la Virgen y de la tendera. Claro se está que á ese mercado no concurren sino los señorones que pueden regalarse con una flor de á veinticinco duros y una mirada de á cuarenta. En la sala de Alberto el Grande,

en una de estas ferias improvisadas, hubo dama de alta guisa que dió un beso por un billete de mil francos. Las hambres remediadas con ese dinero maldito, las lágrimas de gratitud que produjo ese pecado, se lo hicieron perdonar, sin duda, por el que todo lo perdona, como se alegue en su tribunal una buena intención y una buena obra. El que quiera hacer una limosna de mil francos, vaya la sala de Alberto el Grande, y cuando se vuelva á su tierra, haga saber por allá que los pobres de París agradecen con pesos de duquesas.

La caridad al menudeo corre por cuenta de las clases intermedias : los ricos no dan, personalmente, limosna á los mendigos, ni éstos llegan jamás á los umbrales de esas puertas que son verdaderos esfinjes con sus caras de león



LA CARIDAD EN PARÍS.

que tienen la argolla de metal entre los dientes. Lo que es en la calle, el gran señor condecorado, el marqués, el conde, no se tomará la molestia de alargar la mano al anciano que está muriendo de frío arrimado á esa pared, á la muchachita harapienta que le sale al paso. Su limosna es por mayor, y la hace por medio de la belleza, interviniendo la galantería. Caballero principal habrá que dé cien francos para los pobres, como los deposite en una mano cubierta con el guante de Suecia, entre cuyos botones va y viene el bracelete de oro; y que no vuelva los ojos á la triste mujer que está temblando en la esquina de la calle, sin haber comido quizá veinticuatro horas. ¿Ni cuándo se les ha de ocurrir á los grandes la ocasión de hacer limosna, si van rompiendo el mundo con sus coches de á dos caballos que se beben los vien-

tos? Los trapos de la desnudez, los ayes de los que han hambre se quedan atrás : el millonario ve adelante, y no oye sino el retintín de los escudos que van cayendo en sus arcas de fierro. La caridad humilde, la limosna de bronce pertenece á las clases modestas : los sueldos no van y vienen sino de la mano del pobre á la del mendigo, y este vaivén sagrado es continuo en París. Todos dan á todos; y así es como se explica la presencia, por no decir el comercio, de los cien mil pordioseros que afean las calles de la capital del mundo. Dije afean, y no me desdigo. Feo y triste es ver estas suntuosas calles que se llaman *boulevard Haussmann*, *boulevard Malesherbes*, *carrera de Messina*, y todas las de su género, interrumpidas á cada paso por hombres sin piernas, por ciegos, por paralíticos que están protestando lúgubrementemente contra

la desigual é injusta repartición de los bienes de la tierra. Cuando menos acuerda el transeunte, se dispara hacia él una especie de máquina viviente, y le sigue en sus veloces ruedas. Si hay pobre importuno y repulsivo, éste es : no me acuerdo haber dado jamás á un *cul-de-jatte*. Ver esa pelota humana desflecharse hacia mis pies, y encendérseme la cólera, todo es uno. Lo que hago para descontar este afecto impío es darle el duplo al primer anciano ó la primera niña-mendigo que encuentro. Los periodistas tienen gran parte en esa ira reprehensible; pues mil veces me han hecho saber que los *cul-de-jatte* son casi todos fingidos, pícaros especuladores que pasan la vida en perfeccionar el arte de inutilizar y ocultar las piernas. En tiempo del Imperio la mendicidad era rigurosamente prohibida; la República la

tolera, aunque también la prohíbe. Si hay plena libertad de imprenta, plena libertad de palabra, ¿por qué no ha de haber plena libertad de mendicidad? Justo es dejar gritar al hambre, y sería mejor que el pan seguro le tapase la boca. Pero en las grandes naciones, las grandes ciudades, la caridad oficial, por dilatada que sea, no puede acudir á todos los necesitados; y si la luz del sol no les está prohibida, como en tiempo del Imperio, ¿cómo no han de salir á buscarla los más tristes de los nacidos?

Se echa de ver en París que las mujeres son más caritativas que los hombres; y estas hermosas perdidas que se llaman *cocotas* suelen tener tan buen corazón, que expresamente se llenan los bolsillos de moneda menuda, para ir la repartiendo entre los mendigos. Las casas sin patio

están libres de estos visitantes desesperantes; en ellas no tienen puertas. Las casas con patio, sin portones de cristal, son el *refugium peccatorum* de los pordioseros. ¡Y qué fachas, señor! y qué voces! y qué cantos! No, éstos no recitan fragmentos de la Iliada, ni entre ellos se encuentra el ciego de Esmirna que ha bajado de las montañas á las ciudades á pedir pan en nombre de los héroes y los dioses. La casa donde yo vivo, por falta de uno, tiene dos patios; y la portera es tan compasiva, que jamás les niega el ingreso. No hay ventana que no se abra, ni muchacha que no saque la cabeza y tire sus dos sueldos. Mi criada tiene orden de no quedarse atrás, y da y siempre da, como las otras. Si la caridad es título suficiente para el perdón de los pecados, el infierno está abolido para los parisienses: no hay en el mundo pueblo

más caritativo que éste. En el lugar de mi cuna, en la América ecuatorial, la mendicidad es desconocida : si un mendigo se presenta de tarde en tarde, ya saben que es forastero. Para mendigo, vale más sea ave de paso que ave doméstica. En París hay de todo : una buena parte de los cien mil pordioseros que señala la estadística son hijos de las naciones vecinas. Bien como los alemanes emigran á los Estados-Unidos en busca de trabajo, así hay emigración de pobres á París. España é Italia son las que más proveen á Francia de este lastimoso artículo. Mil veces me ha sucedido que, cuando he rehusado dar en francés, me han pedido en castellano los mendigos ; pero en este caso es cuando menos doy : si la mendicidad es industria, todo apoyo es fomento, y fomento impío. El hambre fingida es la peor forma de la

hipocresía, esta matrona de cien caras. Ahora há poco una vieja ciega y paralítica que andaba haciéndose arrastrar por dos muchachos, dió un escándalo, ó más bien lo dieron éstos, en las rejas del Parque de Monceau. Intervino la policía, y resultó que la tal vieja tenía casa rentera en los Batiñoles, comprada con el producto de su parálisis, pues no hacía menos de treinta francos diarios. Esta inmigrante singular era española, y tan luego como entraba á su casa no era ni paralítica, ni ciega ; antes se calzaba las bragas, y andando á paso firme, en voz recia, cobraba la pensión conductiva á sus inquilinos. Esta clase de bribones hacen un horrible perjuicio á los pobres de buena fe : por no dar á un ciego fingido, muchos hay que no dan al verdadero. Desde el principio del mundo los justos están pagando por los pecadores ;

si bien algunas veces las pecadoras suelen pagar por los justos. En el departamento frontero al que yo ocupo hay una hermosa Frine que tiene á menos tirar piezas de cobre á los mendigos, y tira moneda de plata. Que pague, que pague por los justos. Las *cocotas* de París son eminentemente caritativas; y no sólo éstas, sino también las púdicas; por donde se ve que si dan limosna, no es con la segunda intención de atenuar sus culpas. Esas muchachas frescas, bien traídas, que andan descubiertas, con el pelo recortado en la frente, que les da aspecto de lindos frailecitos, se llaman *obreras* en París. Pues donde encuentran un pobre, allí se detienen, y, tome usted, señor, dos sueldos pasan de ese bolsillo caliente y apetitoso á la bolsa fría y grasienta del mendigo. El oro en la princesa, la duquesa; el cobre en la obrerita:

la caridad varía de colores, es camaleón cuyo pelo mágico recibe todas las bandas del iris, según que los rayos del sol hieren en ella, cuando del oriente, cuando del occidente. Si caen del zenit, brillan soberbios : en este caso la caridad es fuerte y generosa, como el león. El cobre viene de abajo, y no deslumbra ; pero tiene un fulgor invisible que está dilatándose en las regiones de la inmortalidad, y que será luz inmensa y pura el día que vuela arriba el virtuoso humilde en alas de las buenas obras.

DEL DUELO

He leído que esta costumbre nació en los tiempos caballerescos, y que de ella no se encuentran vestigios en la antigüedad, ni entre los griegos, ni entre los ro-

manos. Que el duelo ó desafío no reinó en esos pueblos, es cosa averiguada ; pero que no se hallen señales de él, en poco está que yo lo ponga en duda. El combate de los tres Horacios y los tres Curia-cios, personeros de los romanos y los hijos de Alba, no es sino un desafío. La provocación de Marco Antonio á Octavio tiene ya los caracteres del duelo de persona á persona, tal cual se lo usa en nuestros tiempos. Los retóricos suelen citar la respuesta de ese imberbe que estaba madurando para emperador, como ejemplo de magnanimidad y celsitud de espíritu : « Decid á Antonio que él puede morir de cien maneras ; que yo no estoy cansado de la vida, ni tengo que quejarme de la suerte. » Rara pretensión, sin duda, la de ese interesante borracho, querer que su brazo decida de nuevo lo que ya lo había decidido la fortuna ! El

fugitivo de Actium, el esclavo de Cleopatra, que deja la batalla, por seguir á su medrosa querida que sale huyendo á lo mejor, ¿qué derecho tiene para poner en contingencia el imperio del mundo, que acaba de perder bajo el yugo de una pasión indigna de un guerrero? No son comunes los casos de riñas personales en la historia clásica; y efectivamente el duelo cobra autoridad y se establece con la caballería en las naciones europeas. El uso de la espada en los nobles y señores tiene su fundamento. No en vano carga espada el príncipe, dice el barón de Montesquieu; de este modo, no en vano carga espada el caballero, que ni la tira sin razón, ni la envaina sin honor. Sin razón, la tira muchas veces: la que él tiene por justa y suficiente no es quizá sino una exigencia de la vanidad ó un error pintoresco del orgullo. Exigencia de la vani-

dad y error del orgullo que tienen mucho de noble, aun cuando á nosotros nos parezcan aprensiones ajenas de pueblos civilizados. ¿De qué se compone la civilización sino de actos de barbarie torneados delicadamente y vestidos de esos fluecos primorosos que se llaman deber, punto de honra, dignidad y vergüenza? Puede la barbarie ser feroz en muchas de sus obras; estas mismas obras, acepilladas, embarnizadas y pulidas, son las de la civilización, donde queda uno mismo el fundamento de las cosas. Beltrán Duguesclin, el caballero Bayardo, Tomás de Cantorbery son figuras grandiosas que traen un mundo en la hoja que viene arrastrando, metida en su vaina de oro. Duerme la espada en su recinto sagrado; pero su sueño es ligero : el ¡ay! de un niño oprimido, la mirada doliente de una hermosa la despiertan, y esa sierpe sublime

sale, fulgura y bebe sangre. El enderezador de tuertos y desfacedor de agravios es personaje bello y seductor, en esos tiempos donde la doncella menesterosa y el pobre desvalido hallan protectores y campeones á la vuelta de la calle. Quitad de don Quijote los palos, y decid, ¿hay en ninguna estación del género humano héroe que vuelva más simpáticas las virtudes del hombre, ni sea más deslumbrador para las mujeres? Si encuentro por esos mundos un adalid que va á restablecer en su trono á la princesa Micomicona, cortando el pescuezo al gigante que ha usurpado sus dominios, le tengo por loco, sin duda; pero cierto de que esa locura ha provenido de los más elevados pensamientos y las más acendradas pasiones, me descubro, y le dejo seguir su viaje, sin reirme de él ni hacer burlas insanas.

La gran época del desafío fué la de la caballería : donde esos paladines armados de punta en blanco salen á los caminos á obstruir el paso á los caballeros que se vienen de vuelta encontrada, y les gritan desde lejos : Quienesquiera que seais, caballeros, deteneos, y volveos sin decir palabra, si no confesais al punto que nuestras damas son más hermosas que las vuestras. Agora lo veredes, dijo Agrajes, responden los reciénvenidos, y sin más preámbulos se vienen á las manos, y en dos por tres se rompen la cabeza en singular batalla. Hoy no se combaten los caballeros sobre la hermosura de las damas ; pero, ¿ cuál es más loco, el que busca pleito para dejar sentada la primacía de la señora de sus pensamientos, ó el que envía un cartel á un transeunte, porque le ha mirado al soslayo ? Los duelistas de nuestro tiempo, los pe-

riodistas, los enamorados á la moderna son caballeros andantes de nueva especie, y al paso que hacen fisga de don Quijote, caen ellos mismos en insensatez y dan tristes pruebas de flaqueza humana. El duelo es una de las más fuertes costumbres de nuestra civilización; tan fuerte, que todo el poder de los reyes absolutos, toda la autoridad de la Iglesia en sus épocas de poderío no la han debilitado ni modificado. Las terribles Ordenanzas de Luis XIV contra el duelo, los rayos del Vaticano contra los duelistas, nada han podido; y esta ruda práctica, graciosamente pulida por el siglo décimono, domina sin contraresto en las naciones más civilizadas del mundo, á pesar de aquel severo monarca, que no puede reinar sobre los franceses desde las profundidades de la tumba. ¿Qué ha de poder, cuando su esqueleto mismo fué

sacudido con furia y crujió lastimosamente en manos del pueblo vengador? En cuanto á las centellas de Santo Angelo, se apagaron; y ese humillo invisible no aterra ni deslumbra á los incrédulos, ni siquiera á los creyentes.

El desafío, cosa antigua, se halla hoy en la fuerza de la edad; y es mozo tan audaz, fuerte y denodado, que la ley, intimidada, se le rinde, ó huye de él y se esconde por el laberinto de los códigos. En cuanto á las costumbres, muchachas ligeras, y aun locas, tienen á gloria el amor y la galantería de ese calavera de buen tono. La ley prohíbe el duelo, pero las costumbres lo admiten. Los hombres hacen las leyes, dice un pensador; las mujeres las costumbres. Efectivamente, son las mujeres las que han hecho el duelo. Antes de combatirse los caballeros

por la más insignificante queja de la vanidad, se combatieron por la posesión, la honra, y hasta por el capricho de una mujer. Cuando en los buenos tiempos se combatían por las faltas y los pecados de las hijas de Eva, ¿no se habían de combatir por sus preferencias y favores? Un atrevido cometió una vez el delito de lesa-majestad de decir que el rey de Francia no era hijo de su padre. Cien nobles salieron al punto á jurar sobre los santos evangelios que el rey, su señor, era hijo legítimo, y á llamar en alta voz á la estacada al tenebroso denigrador. En cien desafíos, las mujeres causaban los noventa, y éstos eran los terribles, por que los celos son como Teutates, quieren sangre. Hoy el divorcio y la imprenta han desbancado á la mujer; digo que los hombres, ocupados en pelarse las barbas y arrancarse el pellejo sobre un sí señor,

y un no señor, se desentienden de sus deberes de andantes, y las emperatrices y reinas desposeídas se quedan sin sus tronos, por falta de un Reinaldos de Montalbán ó un don Quijote de la Mancha. En París, verbigracia, asiento y solar del duelo, de cien desafíos, los noventa son entre periodistas, rara vez por una mujer; en lo que el duelo ha perdido su índole caballeresca, cobrando aspecto de política, poco amable, por cierto, á los ojos de las mujeres. Lo que ellas han menester es que los hombres se rompan los cascos por ellas; más, ¿qué les va ni qué les viene en que se hagan pedazos por majaderías que se llaman periódico, prensa, polémica, y otras que para ellas nada significan? Hacerse pedazos, no se hacen los hombres: con la decadencia de los celos y con el divorcio ha desaparecido la ferocidad en el

duelo. El punto de honra de un escritor es delicadísimo; se empaña con el aliento; pero asimismo es fácil de atersar y pulir: los agravios de la imprenta no requieren sino una gota de sangre; la mano paga lo que no debe el corazón: el caballero que sabe su deber no trata de herir en el pecho; la punta de su espada busca el brazo de su adversario, ó desflora benigne-mente la piel del dorso de la mano. La cólera se apaga, el punto, ó el honor, queda satisfecho, y en los dos leales y generosos campeones hay dos buenos amigos que, de brazo, se van á almorzar junto con sus padrinos. En términos como éstos el duelo es costumbre que no rechazan filósofos ni moralistas: él impide la perpetuación del odio, desarma la venganza, y pone pronto remedio á desazones que, sin él, cobrarán semblante de enfermedades peligrosas.

Las enfermedades del ánimo y la imaginación son las terribles : el desafío las ha borrado del libro en que los locos de los hombres están sentando sus males desde el principio del mundo.

Cosa tan moliente y corriente es el duelo en las naciones católicas de Europa, que, los periódicos, no sólo dan cuenta de los que ocurren todos los días, y publican el acta de cada uno, sino también los anuncian antes de que se verifiquen, citando personas, hora y lugar. La policía no interviene, las autoridades no se dan por entendidas, ni cura ni obispo niegan anticipadamente el cementerio y cargan de maldiciones á los duelistas, y todo va á las mil maravillas, porque, según la estadística del duelo, en Francia, no hay sino cinco muertes por quinientos desafíos. Cinco muertes que no

hubieran ocurrido, es verdad, si no reinara el duelo; pero sin esas cinco tumbas violentas, cuántas fiebres sin cordial, cuántos furores sin desahogo, cuántas venganzas sin satisfaccion, cuántas deshonras sin remedio, cuántos insultos sin castigo, cuántos bofetones, cuántos palos, cuántos desórdenes públicos, cuántos asesinatos y crímenes? Los que llaman bárbara la costumbre del duelo, no ven que, como se lo usa en las naciones civilizadas de Europa, no es sino refinamiento de cultura y suavizamiento de maneras. Si no creen los antiduelistas este principio teórico, se verán obligados á dar fe á los hechos. En una ciudad que yo me sé, pero que no he de nombrar, por que no me acuerdo de ella sin amor, dos señores de pelo en pecho tuvieron razones tan duras y ofensivas, que la escaramuza verbal por fuerza había de

parar en las manos. Desafiados en regla, citados hora y lugar, sin testigos, se avocaron los dos contendientes. El uno, hidalgo, leal, pundonoroso, dijo á su adversario : Aquí tiene usted dos pistolas iguales en un todo : examínelas, y elija la que le guste. Mi pistola es ésta, contestó el otro. Y tirando al suelo la capa, blandió un palo, arma de la canalla, instrumento infame; del primer golpe en la cabeza le echó por tierra, le estuvo zurrando un cuarto de hora, le dejó por muerto, y se fué muy pagado de su hazaña á referirla á sus parciales, en medio de nobles y puras carcajadas. Persona de mucha nota, hombre político, miembro principal de la aristocracia, general de ejército, ¿ qué hubiera hecho la víctima sino morir de ira y vergüenza? Murió. La viuda alzó el campo con sus hijos, dejó casa, bienes de fortuna, todo, y, aterrada de la suerte

que había corrido su marido, huyó para siempre del lugar de su cuna. Cuando, en París, viéndola sucumbir lentamente al dolor y la nostalgia, le aconsejaba yo volver á su patria : De aquí, señor don Juan, allá, respondía ella mirando al cielo. Se fué, é hizo bien. La muerte llega siempre tarde para los que padecen. Si la espada no tuviera otro mérito que el de haber desterrado el palo, eso bastara para que ella fuera una fuerza de civilizacion. Donde la ley y las costumbres rechazan el duelo, reina el palo, el garrotillo vil ; y son esos, esos hombres, los que llaman bárbaro el desafío, y persiguen de muerte á los que salen al campo del honor como buenos y leales !

Preciso es, en efecto, que haya una manera decente de poner fin á las disensiones que ocurren todos los días entre

hombres delicados, ardorosos ó soberbios que se están codeando en la cámara, la imprenta, las sociedades políticas, las reuniones públicas, y quizá en el estrado y la sala de tertulia. ¿Cómo se remedia un insulto notorio, una burla sangrienta, una insinuación calumniosa, una cosa de esas que, grandes motivos de enojo para el hombre de pundonor, son futilidades para la ley y el juzgado? El que arrastrase á los tribunales de justicia al que le da un cachete, se haría ridículo. El juez, por pura fórmula, condenaría al agresor á una peseta de daños y perjuicios; y el amigo de la ley, el timorato que no quiere cometer el pecado del desafío, quedaría para escarnio y mofa de las gentes, dejando de pertenecer á esa flor de la sociedad humana que se compone de hombres de pundonor y vergüenza. No es necesario matarse por causas más

baratas que la vida; pero, ¿qué hay de atroz en esa brillante justa en que dos valientes concluyen sus rencores y ponen en su punto la honra con una gota de sangre que salta alegre de la mano, y lava como por ensalmo la mancha transitoria de uno de los campeones? Sin el duelo, el mundo sería de los farsantes, malcriados, atrevidos por impunidad, envidiosos y pérfidos que andan afanados sin hacer nada y haciendo mucho, si son empleo feliz la murmuración, la alevosía, el odio disfrazado de amistad con que nos suelen perseguir y dar sus asaltos en los recodos del trato social, á un mismo tiempo que venden lo exquisito de su hidalguía y sientan plaza de señores de puros antecedentes.

Yo recibí ahora há pocos días una esquela de desafío en esta forma : « Cuando

usted me trató como me trató en el boulevard antes de anoche, será tal vez que se cree insultado por mí. Si esto es así, estoy pronto á darle una satisfacción, en cualquier terreno. » Providencia caballerosa y brillante que quiere decir : « Cuando usted me volvió la espalda en la calle, será quizá que se cree insultado por mí. » Este es el *pardon, Monsieur* del que salta pisado en el dedo malo. Dios de bondad, ¿ á quién le ocurre preguntar á nadie si piensa que debe desafiarse? El que recibe el taco y ve la espalda, sabe lo que le cumple; que yo por mi parte sé que nadie me hace un insulto cara á cara sin llevar un bofetón de cuello vuelto. Los insultos que los mal-sines me hacen ó pueden hacerme, lejos de mí, en sus bestiales desahogós, no me dan cuidado. « Aristóteles, sabes que Crates ha dicho de ti mil picardías? »

« Que haga más, responde el filósofo; que me dé látigo, puesto que no sea en mi presencia. » Ahora, pregunto yo, si un excelente hombre cuya opinión respecto del duelo es que él es « inmoral y ridículo, » y que me espeta de contado esta opinión, es corredor á propósito para el asunto de salir á la estacada? Harto he dicho ya por donde se pueda ver que el duelo no es inmoral, y que, por el contrario, en la forma benigna y generosa que hoy tiene, es agente moralizador. En cuanto á « ridículo, » toda coyuntura donde entran honra y sangre está lejos de la ridiculez; ni veo yo por dónde pueda ser ridículo un lance en que la vida corre peligro, y en que dos hombres pundonorosos terminan un desacuerdo; lance sin el que las pasiones, rebosando en el pecho y creciendo sin salida, pudieran cobrar la fea y terrible

catadura del crimen. El duque de Monpensier, cuando recibe con sereno continente tres disparos de don Juan de Borbón, no es personaje ridículo; y don Juan de Borbón, cuando cae de largo á largo herido en la frente por su adversario, no es tampoco ridículo. Ridícula la espada en manos de Bayardo, el caballero sin miedo y sin mancilla; ridícula la espada en manos de Beltrán Duguesclin, eterno vengador de mujeres ofendidas; ridícula la espada en manos de Jorge de Bouropag, de Juan de Merlo, Suero de Quiñones, y todos esos nobles paladines que fundaron el arte de la esgrima, lo cultivaron y honraron con su sangre, para gloria de la caballería! En los buenos tiempos de las aventuras no fué ridícula la espada, ni con todas sus demencias; hoy que el quijotismo ha desaparecido, nada queda

en el arte de las armas que no sea digno y esplendoroso, cuando el acero centellea en manos del que tiene derecho á él por el honor, el valor y el corage bien fundado. ¿Ni cómo puede ser ridícula una costumbre que obliga á los caballeros principales, y hace ridículo y despreciable al que, so cualquier pretexto, huye el bulto y se pone fuera de ella? A donde fueres haz lo que vieres : el que en Francia, Italia ó España se rehusa á un lance que él ha provocado con sus temeridades, atrevimientos ó desvergüengas, deja de ser caballero, y seguro está que nadie le desafíe en lo adelante ¿Cómo se componen ciertas irregularidades del trato social que no son de la jurisdicción del juez, y que no pueden quedar impunes sin mengua del que las sufre y tolera? Actos de cortesía recibidos con desprecio, palabras injuriosas, codazos

insolentes, risas escandalosas ó sonrisas envenenadas, no son materia de tribunales: en sinrazones y tuertos de esta naturaleza el juez es el orgullo de cada uno, cada uno se reúne en sesión secreta consigo mismo, delibera y da la sentencia que requiere su propia justicia.

« Señor, este hombre no ha contestado á mi salutación. » ¿Y qué tengo yo que ver en eso? responde el juez.

« Señor, este hombre me ha vuelto la espalda cuando yo me le llegaba en son de amigo. » ¿Buen amigo? responde el juez; ¿amigo leal, sincero? ¿amigo discreto, delicado? Llénese usted de indignación, arda en ira, y pídale cuenta de su silencio á ese orgulloso; pero si usted tiene la culpa de ese desdén, sufra la pena de su mala índole.

« Señor, este hombre ha soltado una carcajada el verme pasar. » Si es un

truhán, un loco, un tonto de ninguna significación, pase usted adelante sin mirarle. Si es persona que merece la cólera de usted, gobiérnese usted por las reglas que los caballeros siguen en estos casos.

« Señor, este hombre se ha sonreído entre las barbas y ha pasado mirándome de reajo. » Y usted qué ha hecho? dice el juez : la sonrisa y el puntapié se dan la mano ; pero yo no puedo mandar al verdugo que le dé de puntapiés al sonriente, por el mudo sarcasmo de que usted ha sido víctima.

Ya veis cuántas palabras, cuántas acciones, cuántos modales no son de la competencia del juzgado, y que, sin ser criminosas, no son inocentes para el que es objeto de ellas. En los pueblos donde no tiene cabida el desafío caballeresco, todo eso queda impune, fomenta con la

impunidad ó acarrea golpes brutales y trapisondas plebeyas. Sir Carlos Dilke, noble de primera clase, ex-ministro de la Gran Bretaña, es blanco de la más atroz contumelia que puede ocurrir entre gente de pro. Sir Carlos, pálido de cólera, temblándole y crujiéndole los huesos, se esfuerza, se vence y guarda silencio, con ser que su ofensor, noble como él, es militar condecorado y persona de campanillas. Los ingleses no usan el duelo : la canalla se va á las manos, se combate á puñetazos, se rompe las narices y se fractura el pecho. Los caballeros no tienen este arbitrio, y, como sir Carlos Dilke, se beben los insultos de los soldados insolentes. En Francia nadie está expuesto á desazones como ésa : la espada salta, brilla, y con un relámpago de los suyos borra las ofensas y ahuyenta los puños de los

boxeadores. El conde de Keratry, senador, sale al campo después de una mala palabra, y con un general de división, ministro de la guerra, pone el honor y las cosas en su punto. Donde los más elevados personajes, legisladores, generales, ministros, resuelven sus cuestiones personales con la punta del acero, ¿hemos de salir nosotros diciendo que el duelo es inmoral y ridículo? Ridículo Boulanger? ridículo Keratry? Ridículos Fortou y Gambetta, ministro de MacMahon el uno, gran orador, gran tribuno y grande hombre el otro? Ridículo Cassagnac? Ridículo Rochefort? No, éste no es ridículo : los duelos de este escritor formidable son famosos; y tan lejos está de ser ridículo, que la prensa, toda la prensa, republicanos, bonapartistas y realistas han aplaudido ruidosamente, no un desafío aceptado, sino

un desafío rehusado en estos días. Cuando va del pundonor, no hay sino un partido entre los franceses; y, sea que una persona visible se combata resueltamente, sea que se niegue á las provocaciones de un enemigo inaceptable, no es ridículo. El príncipe Napoleón estuvo á punto de serlo; mas la ironía sangrienta de su negativa, la chispa de su contestación le salvaron de la ridiculez. Desafiado en Londres por el duque de Aumale, hijo de Luis Felipe, rey de Francia, respondió que él no peleaba con individuos que tenían sogas de ahorcado en el bolsillo. Esta sogas y este ahorcado son toda una tragedia de Shakespeare, de la que se quedarán en ayunas mis lectores de América, por ser materia ajena de mi asunto. La sombra del viejo Condé, como la de Bancuo... Pero vamos á lo que importa.

Un duelo espantoso acaba de verificarse en Palermo entre dos diputados italianos; duelo al sable, duelo á muerte, de los muy raros que ocurren en las naciones caballerescas. Los testigos están á treinta pasos de la estacada, y no pueden adelantar un punto : los combatientes, aislados en mortal soledad, se ponen frente á frente. El sable, largo, ancho, se levanta y echa llamas al aire : ya cae, ya rompe... ¡ Qué vaivén terrible y apurado el de esas dos culebras enfurecidas ! Tajo, revés, fendiente, los campeones son dos maestros en las armas. Policastrelli ha perdido una oreja, que yace por el suelo como hoja arrancada por el viento. Chorreando sangre, temblando de furor, tira un golpe. Su enemigo se lo quita, y de otro sablazo le vuela la nariz. Policastrelli es un monstruo. Herido, mutilado, feo pero hermoso en su cólera

sublime, se venga y vence de un sólo fendiente, fendiente gigantesco. El conde Monroy-Ranchibile cae, está muerto. Por rehuir la cabeza, la echó hacia atrás y mostró el pecho : partido en dos mitades, el corazón palpita aún, está ahogándose en esa boca horrenda, por donde salen sangre y vida. El conde Monroy-Ranchibile está muerto ; muerto, digo ! Duelos como éste son terribles, cosa fea y grande ; y lo ridículo no se compagina con lo grande ni con lo terrible. Bárbaro, ¿ qué diré ? Lo concedo, á más no poder ; mas si esa contienda, brutal, pero leal, franca y decisiva, es bárbara, ¿ qué no hubiera sido el asesinato, el crimen inevitable sin ese duelo salvador ? Los hombres, locos, malos ó fatuos, se ponen ellos mismos en angosturas de las cuales no pueden salir sino por los labios de una herida. Los franceses, y en general los

pueblos que profesan el desafío, no admiten sino un caso de duelo á toda sangre, la afrenta hecha á una mujer que les toca de muy cerca, madre, esposa, hija ó hermana. Los que niegan á un hombre el derecho de provocar á singular combate al que insulta, ofende atrocemente y escarnece á la mujer que se llama esposa, madre, hija, hermana nuestra, esos no tienen nociones de moral ni saben lo que es deber. En cuanto al orgullo, este brillante vicio del alma superior, vicio que, practicado con razón y en buenas ocasiones viene á ser virtud; en cuanto al orgullo, digo, no les atormenta con sus ardientes, voluptuosas y saludables comezones. Si las mujeres que demoran debajo de nuestro techo; si esas de las cuales dependen nuestra honra, nuestro pundonor y felicidad, no hallan en nosotros la protección debida y necesaria,

¿qué somos nosotros respecto de ellas? El hombre es el protector, siempre y en todo caso; y mil ocasiones habrá en que sea ó deba ser el vengador.

Las repúblicas de América no admiten el duelo, porque, dicen, son católicas. El palo toma allí el lugar de la espada, y de eso proviene el que, las que pudieran ser tragedias grandiosas, son comedias infames. Cuando el palo se convierta en espada, seremos más buenos cristianos, por que las gotas de sangre que ella bebe sobriamente redimen muchos pecados sociales y fundan la religión del honor, sin herir en la religión de la conciencia. Ahora ved, americanos, si hablo sin fundamento, como parlanchín lleno de vaciedades.

Las naciones europeas que cultivan y

practican el duelo son precisamente las católicas, Francia, Italia y España : las protestantes lo repelen. En Alemania un duelo es maravilla, y si ocurre, es entre católicos. Entre los ingleses el desafío no tiene cabida, y por el mismo caso los americanos del norte no lo usan. En cuanto á las otras religiones, el duelo es desconocido entre turcos, moros y asiáticos de todo linaje. Que italianos y franceses no sean autoridad para nosotros, está bien ; pero los españoles ? Y en España, desde el maestro Carranza hasta Antonio Espeleta, han florecido esgrimidores que les levantan el gallo á los Vigeanes y Merignacs. En España, la nación católica por excelencia, ocurren desafíos como el de esos dos príncipes reales, don Juan de Borbón y Felipe Luis d'Orleans, el uno, hermano del rey de España, el otro, hijo del rey de Francia. No apruebo

esa ferocidad, y no quiera el cielo que esa aventura tenga imitadores; pero, sin la porfía, la soberbia, el odio implacable del príncipe don Juan, ¿no hubieran podido entrar esos dos hombres en razón, y poner en orden el asunto mediante una espadada generosa? Sí, por cierto, y tanto más cuanto que no había que buscar la mujer atrás de ese enojo; eran simples injurias y rivalidades políticas de las que no merecen el gran desafío que dedicamos á los grandes puntos de honra. X

He visto en París justas de armas que me han embelesado. El arte es bello, y tal su perfección, que no hay quien la alcance sin la práctica de toda la vida. En el Circo de Verano hubo ahora há pocos meses una justa de rumbo. Los más insignes justadores de Francia, pre-

sididos por el ministro de la guerra, se acometieron allí de dos en dos con pasos, lances, agresiones y quites maravillosos, que arrancaban grandes tronadas de aplausos al concurso. Las mujeres eran las que más bulla metían ; y más cuando se presentó en la arena un paladín vestido de negro, baja la visera, é hizo el saludo militar al juez de la liza con donosas travesuras y elegantes vibraciones de florete. Era el españolito Aldana, gran justador, á quien yo había visto á mi lado, sin conocerle, profundamente embozado en su capa. Capa... me estaba yo diciendo ; éste, sin duda, es español. Cuando le llegó su vez, y Merigac al joven le llamó al combate, desembozándose con suma elegancia, saltó al palenque en su gracioso vestido de campeón, y á la voz de Boulanger : Romped señores ! rompieron, se acometieron y



acuchillaron de modo que no había más que ver. El barón de San Malato no es más gentil y airoso cuando hace armas con Vigeant, caballero de la legión de honor. A la segunda arremetida, el español, plantándose de súbito, gritó: *Touché!* El paladín francés, leal y sincero, en voz baja, respondió: *Touché.* Meriñac no es de los que se quedan con una estocada : á los cinco minutos de combate, dió á su vez el grito del vencedor : *Touché!* y el castellano, tan sincero y leal como su adversario, respondió : *Touché.* Cada cual sacó su herida sin punta, uno y otro riñeron como buenos, y á la voz del juez del torneo : *Messieurs, c'est bien et bon,* se separaron como amigos.

Cuando disfruto de una cosa que me gusta, suspiro, sintiendo no saberla ó no ser capaz de ella. No tengo yo la culpa :

á mi educación, como á la de todos los hispano-americanos, le falta esta flor. Flor he dicho; no es flor sino cosa necesaria para el que viaja ó viene á vivir en Europa. La pistola suple á la espada, es cierto; mas los duelos á pistola pierden lo caballeresco y envuelven más peligro de lo que sufre la causa del desafío: por razones livianas, es dura cosa poner el pecho á la bala que no está por averiguar si su dueño desea ó no la muerte de su contrario. Mas si somos tan desgraciados que no conocemos el juego de la espada, no acabemos de perdernos con rehuir las ocasiones so pretexto de que no esgrimimos; y paguemos nuestra ignorancia, si el honor lo exige, con una linda bala en el corazón ó la cabeza, si la suerte y un puño certero no nos ayudan con echar patas arriba á nuestros enemigos. Lástima de educación según la cual ni los mi-

litares juegan la espada! La gimnasia y la esgrima faltan en nuestros colegios. Fundamentos de religión, está bien; tinctura de latín, no me parece mal; baño de filosofía, en buenhora; mas, ¿por qué no desenvolvemos el cuerpo de los niños en la escuela gimnástica, por qué no fortificamos el brazo y el ánimo de los jóvenes por medio de la esgrima? Con la espada vienen las nociones claras del honor; la espada comunica ese noble orgullo con que los hombres se gallardean seguros de sí mismos. Los gentiles tenían el gimnasio, los católicos tienen la esgrima: los griegos formaban Alcibíades en sus escuelas; los franceses, italianos y españoles sacan de las suyas esos caballeros sin miedo que dan á sus cosas timbre y delicadeza con la espada de punto de oro. No quiero que nosotros hagamos espadachines: los espadachines de profesión

han desaparecido de Europa, echados por las costumbres cultas y señoriles; y uno de esos canallas que van y vienen haciendo insultos y provocaciones pagadas, es ente vil que no tiene que ver sino con la policía. Esto más hay de bueno en la esgrima, que, como todos la conocen, todos se sienten fuertes, y no hay fanfarrón que ande haciéndose temer con una habilidad que no es común á los demás. Todos los grandes planteles de educación, en Francia, tienen su respectiva sala de armas : de la Escuela Politécnica, del colegio de San Cyr salen esos gallardos mozos que, blandiendo el acero, cuando en la batalla, cuando en la estacada, vienen á ser generales de ejército ó almirantes de las flotas. Un escritor, un literato, como no es ni menos hábil, ni menos animoso que un valiente militar, no le teme; la casaca negra se pone

al frente de la colorada, y muchas veces lleva lo mejor. Donde todos son iguales, todos son moderados. La espada, lista, rápida, gloriosa, no es matasiete despreciable; no sale de su santuario sino cuando el honor le da voces, ni vuelve á él sino cuando todo lo ha compuesto con su imperiosa cordura. Espada, noble espada, dios penate de los pueblos civilizados, tú refinas las costumbres y purificas la honra : sal de tu vaina, echa centellas, y que á tu luz heroica huya el puño bestial del hombre basto, huya y se esconda el palo del enemigo sin nobleza.

El duelo no se efectúa á ciegas; tiene sus principios y guarda sus condiciones. Honorabilidad es el primer requisito : el pícaro, el canalla, el ruín, no tienen derecho de llamar al campo del honor al hombre que lo cultiva con esmero y lo

guarda con veneración. La edad, la posición social de los combatientes han de guardar asimismo ciertas razonables proporciones, de suerte que el nombre, la importancia, la gloria quizá del uno de ellos no sufra menoscabo con la pequeñez del otro. ¿Cuáles serían los fueros de los años, el estudio, el talento, la consideración pública, si un mozalbete cualquiera, ansioso de fama prematura, henchido de vanidad, fuese libre de levantarse á la cumbre á donde han llegado á fuerza de trabajo, audacia y valor los hombres provecos que ni han temido á los tiranos, ni han rehuído los peligros, devorando como buenos y fuertes las desazones y amarguras que las luchas políticas y sociales suelen traer en su ingrato seno? El duelo es varón aristocrático; no renuncia sus prerogativas ni da oído á la canalla. Hé aquí por qué la es-

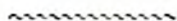
pada no ha bastardeado, y por qué, en todo tiempo, donde haya caballeros, será agente de justos desagravios, y nunca instrumento de alevosía y deshonor. Para el crimen, el puñal; para la vileza, el palo. El acero, acero bien templado, es del valiente, el pundonoroso, quien no busca satisfacción, si ella va fuera de la órbita donde giran las virtudes sociales. Acero es aquí el arma recibida por las costumbres entre pueblos civilizados : espada, sable, todo es acero. La pistola conserva sus títulos antiguos, es gran señora en todo tiempo; y para salvaguardia del honor, vale tanto como la hoja toledana. Lord Byron metía once balas en un mismo agujero : no hagamos tanto; pero como acertemos la primera, no habremos quedado mal. Aquí me salen al paso los pescadores de un pez, y me recuerdan el cartel de desafío que

Tomás Moore, el chiquito de talento grande que vosotros sabeis, oh literatos, pasó al noble lord. Este, y otros casos podrán citarme; pero, ¿es cosa nueva el antiguo modo de decir: « no hay regla sin excepción? » Lo que afirmo es que los ingleses no dan cabida al duelo en sus costumbres, y que un desafío es *rara avis* en Inglaterra. ¿Más cómo no hubiera habido uno que desafiase al vate amargo que escribió con escalpelo y no con pluma la grandiosa diatriba de « Los poetas ingleses y los críticos escoceses? » Los críticos también suelen salir rabo entre piernas, aun cuando sean Sainte-Beuves y Macaulys: testigo Julio Janin, quien no acaba de arrepentirse, ni en la tumba, de su grosera arremetida á sir Lytton Bulwer. Si son *urcu*-Sainte-Beuves y *sacha*-Macaulys, con más gana. Esto de poder meter once balas en un mismo

agujero, ó cien cuchilladas maestras en una página, es mucho cuento, amigos. Tomás Moore no volvió á escribir contra lord Byron; antes, rendido á su talento, fué su más ferviente admirador. ¡Pluguiese á Dios que las once balas y las cien cuchilladas produjesen hoy estos efectos! La espada y la pistola, ya la veis, se meten hasta en el corazón de la literatura.

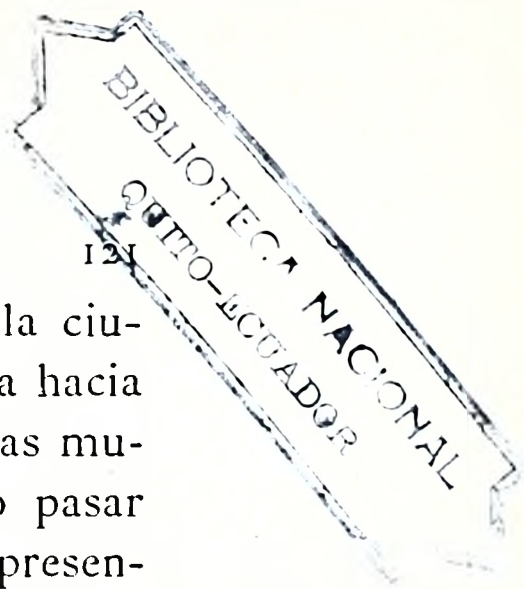


EL JUBILEO.



El 31 de diciembre llegamos á Roma, habiendo cruzado la Italia del Norte en el tren rápido que se engolfa en el tunel del Moncenís. Por la tarde nos hallába-

mos en el Pincio, contemplando la ciudad eterna y volviendo los ojos, ya hacia el domo de San Pedro, ya hacia las murallas carcomidas que han visto pasar sobre ellas veinte siglos, y están presenciando en su vejez los sucesos de los tiempos y las revoluciones del mundo. Un coche tirado por dos tordillos, sin aparato ninguno, pasa por delante de nosotros : el rey Humberto y la reina Margarita de Saboya van en él, modesta, oscuramente y en silencio, como si no fueran soberanos de una de las más poderosas naciones que se han formado en esta época. Ni trompetas, ni lacayos, ni alabarderos y maceros : el rey constitucional, rey democrático, no asorda con los cascabeles de la vanidad, ni deslumbra con los resplandores del orgullo. La gente va escurriéndose por la ladera, se deshace al llegar á la plaza de España, y



desaparece por las diferentes calles que desembocan en ese punto, uno de los más conocidos y concurridos de Roma. Tal cual paseante rezagado que espera la noche para dar vado á su melancolía, anda aún por entre los desnudos árboles; mas esa triste presencia nada puede contra la soledad que invade ese elevado sitio y se pone á reinar con su mutismo y sus lágrimas secretas. El crepúsculo, en las zonas templadas, no es el ay! fugitivo con que muere el día en la zona tórrida; es largo, porfiado, y se ennegrece lentamente. Ya es de noche en la ciudad, pero el sol está aún blanqueando el horizonte con un rayo de luz olvidado en su carrera. El monte Mario, allá, distante, es un sueño : no se sabe si es hijo real de la naturaleza, ó la sombra de una montaña de otros mundos. El occidente está visible todavía, rodeado de la noche : una

nube compacta, larga, de negror intenso, se dilata horizontalmente, y sobre ella ráfagas apenas visibles de una que media hora antes fué viva púrpura, están yaciendo con vitalidad incierta, como restos de pensamientos profanos que atormentasen la imaginación de un moribundo. Cierra la noche, nada vemos; pero la vóveda celeste abre sus mil ojos que empiezan á guiñar á la tierra, y cuando sucumbe el sol, nacen á su alta vida las estrellas. La basílica de San Pedro, el Vaticano son montones de tinieblas que se levantan á orillas del Tíber; y el castillo de Santo Angelo, centinela de esos dos monarcas de piedra, hace la guardia como suizo fiel y vigilante.

Al otro día, día de año nuevo, primero de enero de 1888, que plegue á Dios sea año de gracia, nos despertá-

bamos en el Hotel de Rusia al son inmenso de las campanas de cuatrocientas iglesias, echadas á vuelo por los ámbitos de la ciudad eterna. Nuestra Señora del Pópulo, Santa María Maggiore levantan á las nubes su alegría con esos cánticos sin palabras, sonoros, argentinos y largos que salen del seno de sus torres. San Juan de Latrán llena el espacio con los profundos mugidos de su campana grande, loca en su gozo místico, incesante y desesperada, cual si se viese en manos de Cuasimodo. San Pancracio, allá en su altura; San Pablo, allá al fin del mundo, ecos remotos, contestan á la basílica de San Pedro que está repicando como para llamar á un juicio final dichoso para todos; y ese conjunto de voces aéreas va á derramarse y perderse por las soledades de la campiña romana. Los hijos de Roma y los sesenta mil

extranjeros que han llegado hasta la víspera, están de pies : la misa del papa será á las nueve del día ; mas á las ocho es ya tarde, por que el templo está rebo- sando en cuarenta mil personas de todas las naciones del mundo. Las obras de Miguel Angel tienen el sello de grandeza que Dios imprimió en su cerebro y su corazón : ese artista-gigante no conoce lo pequeño : como estatuario, hace su « Moisés, » rompiendo el mármol bruto á diestra y á siniestra, con su martillo de ciclope, semejante al dios creador de los escandinavos. Como pintor, levanta al cielo raso la brocha cargada de los colores fuertes del purgatorio y el infierno, y compone el « Juicio final » de la Capilla Sixtina. Como arquitecto, la cúpula de San Pedro sale entera de su pensamiento, y de golpe se planta sobre la fábrica de Bernino. Dicen que las admirables pro-

porciones de ese templo, la perfecta simetría, la armonía de todas sus partes producen el efecto de achicar el conjunto. Efectivamente, la iglesia parece menos grande de lo que es en realidad; mas cuando nos ponemos á andar del vestíbulo al tabernáculo, ése es todo un viaje místico, pues en media hora no hemos rendido la jornada, y nuestros pasos van resonando eternamente en el puro mármol del pavimento. Si alzamos la cabeza, la vista y la imaginación se pierden por las inmensidades de esa esfera. Ahora, en poniéndonos á subir, subimos, subimos y siempre estamos subiendo por las misteriosas escaleras de esa Babel, Babel sagrada, depósito de artes y conciencias, donde no hay confusión, sino acuerdo entre los hombres. Allí concurren el católico, el protestante, el judío, el mahometano, conformes todos, no en doc-

trina, pero sí en el respeto debido al pontífice de una de las religiones que nunca hubiesen reinado con caudal tan grande de fuerza y prestigio en el mundo. El enviado del emperador de Alemania, monarca protestante ; el de la reina de la Gran Bretaña, emperatriz de la India, protestante ; el comisionado del Sultán de Turquía, el del schah de Persia, el patriarca de Armenia están allí en una misma tribuna con los embajadores de las naciones católicas : por donde se ve que esa gran ceremonia no es religiosa puramente, sino un gran acto social al que han sido invitados todos los pueblos y todas las sectas. El pontífice romano, cuando alarga el brazo y bendice al concurso, no bendice tan sólo á los católicos ; en esa gran bendición entran protestantes, armenios y musulmanes, quienes, si no descansan en ella

para el negocio de la vida futura, la reciben como prenda de fraternidad y caridad entre los hombres.

El embajador de Austria, el de España, el de la República Francesa, el ministro de Portugal se han vestido con el uniforme diplomático de etiqueta, y tienen al pecho y al cuello todas sus condecoraciones é insignias. La comisión del parlamento alemán es uno de los grupos más pintorescos de la asistencia : esos altivos teutones de barba y cabello rubio dan realce á su gentileza con la túnica roja de vueltas negras. Un cinturón de tela de oro les ciñe el talle, de donde están pendientes el talabarte y el sable con empuñadura da piedras preciosas. La charretera de oro, las condecoraciones y medallas relucientes les dan á estos hijos de la Selva Negra un aspecto mar-

cial que llama la atención de los concurrentes. Al lado de ellos están los caballeros de San Juan de Jerusalem con su Gran Maestre al frente. El uniforme de estos caballeros es primoroso : pantalón corto hasta la rodilla, ó calzón blanco ; chaqueta ó túnica morada con una enorme cruz blanca al pecho ; capa negra de terciopelo con cruz de plata al canto ; gorra negra de pluma blanca ; se están allí esos paladines en ademán de echar mano al puño de la espada, la gran espada de la Orden, en defensa del papado y la Iglesia. Luego, en marcha triunfal, soberbia, va entrando la guardia noble, compuesta de los jóvenes de las primeras familias : los Borgueses, los Ursinos, los Ferraris, los Colonnas, los Torlonias son soldados del papa, soldados voluntarios que le hacen la guardia y los honores en las ocasiones solemnes.

Herguidos, deslumbrantes con su casco de oro, se alinean y se dejan estar en formación, inmóviles como estatuas de bronce. Allí vienen los cardenales con sus mantos de arminio sobre la sotana roja; los obispos y arzobispos con sus altas mitras; los patriarcas, las comisiones de los parlamentos y gobiernos; Europa toda, el mundo en sus representantes vestidos de diferente modo, armados de diferentes armas, quienes la cruz, arma de paz; quienes la espada, arma de guerra.

Todos están en sus puestos respectivos, pero falta uno. Hacia la capilla del Santísimo Sacramento hay un vasto murmullo, ochenta mil ojos se vuelven allá: quién es? quién viene? León décimotercio, en la *sedia gestatoria*, se presenta con la tiara sublime, regalo del emperador

Guillermo. Está pálido el anciano, y bello en su conmoción. Bendice á todos, y se apea : se quita la tiara, se viste para el sacrificio de la misa, y en medio del más profundo silencio que puede reinar en una multitud de cuarenta mil personas, la dice devota, serenamente. Todo es blanco en el papa : casulla blanca, solideo blanco. Llegada la elevación, se quita el bonete y se queda en cabello : esas canas, en ese altar, en frente de todas las razas y las religiones, son misteriosas y venerables, lo aseguro. Echada la bendición, se pone la tiara enviada por la ciudad de París, vuelve á bendecir al concurso *urbi et orbi*, y sale en la *sedia gestatoria*. La guardia noble le sigue en lenta marcha, mientras los cantores de San Pedro, acompañados por cinco mil sacerdotes, entonan un *Te Deum* gigantesco, que resuena por ios ámbitos de la

basílica. « Por los ámbitos del mundo, » dice Felipe de Grandlieu, quien ha proclamado el triunfo universal de la Iglesia en el Jubileo. Mas yo supongo que el emperador de Alemania, la reina de la Gran Bretaña, el Gran Señor de Constantinopla, el schah de Persia, el maharadjá de Badora no han quedado convertidos al catolicismo después de la misa de León décimotercio? Por lo menos es cierto que ese venerable anciano, oficiando en el altar de los Apóstoles en presencia de Europa, Asia, África y América representadas allí por sus enviados oficiales, ha ganado en consideración; y que el pontífice romano es entidad de la cual no se puede prescindir, ni en la política. La política... Este es el secreto del respetable Joaquin Pecci. Batallador pacífico y modesto, ha hecho más por su partido que por la doctrina;

y en su lucha secreta y constante, ha alcanzado más de una victoria. Si está lejos de convertir al catolicismo á los ingleses y los alemanes, ¿quién sabe si no está á un paso de ser rey de Roma? El príncipe de Bismarck no es hombre que se parará en sacrificar á su aliado el rey de Italia el día que lo requieran sus negocios; y el fruto de ese sacrificio será el restablecimiento del poder temporal. Los católicos galicanos acusan á León décimotercio de haberse humillado á un monarca y un canciller protestantes, y haberles servido con perjuicio de la alta dignidad de la Sede Romana. Sixto Quinto hizo más, y vino á ser uno de los mayores y más ilustres pontífices. El papa es devoto de San León, pero sigue las huellas de Sixto Quinto. Inteligente, hábil, sagaz, en León décimotercio prepondera el hombre político : atrás de la

casulla está la casaca del diplomático, y debajo del bonete pontificio el gorro de Maquiavelo. Leon décimotercio puede ser un gran sacerdote; lo cierto es que es un hombre de estado.

Los fanáticos sanguinarios que no se paran ni en la inquisición, están pidiendo á grito herido la *Santa Alianza, Finis Italiae*; pero ese trono ganado con torrentes de sangre no es, sin duda, el que el papa desea. Si viene á ser rey, lo será por obra del Imperio alemán, y su corona profana será el efecto de una de las combinaciones del poderoso ministro del emperador. Esa corona saltará oliendo á calvinismo; pero todo el mundo sabe que *Roma vaut bien une messe*. Santa Alianza de naciones católicas contra el reino de Italia, no puede haber. El embajador de la República Francesa se

ha mostrado respetuoso con el papa en el Jubileo, y en su discurso no ha hecho mención sino del Concordato; pero cuán lejos se hallan el ñeto del gran Carnot, el parlamento de mayoría liberal, de hacer cruzada para alzar un trono al papa? La sombra de Gambetta, grande y terrible, se levantaría del sepulcro, y con un ademán sublime echaría á los franceses á la guerra. Y Víctor Hugo, hircuiéndose en el Panteón, por medio de un canto mágico, desbaratará esa alianza. Como nación católica, no queda sino el Austria. España no se mete en esas aventuras, ni con Cánovas del Castillo al frente del Gobierno, menos con los liberales que la rigen actualmente. Santa alianza contra la independencia de una nación y la libertad de un pueblo, es alianza impía: no la habrá, aunque se desgañiten los discípulos de Luis Veuillot. Que León

décimotercio triunfe merced á la política, bien puede ser; echando mano por la sangre, no lo debemos suponer, en honra suya. ¿ Ni cuándo podría sostenerse en un trono conquistado para él por armas extranjeras, sin un ejército de ocupación? Hoy se llama, ó más bien le llaman sus aduladores, « El cautivo del Vaticano; » pero cuando el papa fué cautivo verdaderamente fué cuando no era rey sino gracias al general de Goyon y los franceses que le tenían en su poder, so pretexto de defenderle contra los romanos. Hoy, no solamente es libre, sino también el rey de Italia despliega sobre él el pabellón de Saboya, para que no se le pueda acercar la sombra de Garibaldi. Sin la *ley de garantías*, el papa no podría sostenerse en el Vaticano, por que es sabido que si los revolucionarios, los rojos, son temibles en alguna parte, es en Roma, foco del carbonarismo.

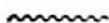
Terminada esa gran ceremonia político-religiosa, visitamos las ruínas de la ciudad antigua, el Coliseo, á la luz de la luna; las Termas de Vespasiano, la tumba de Cecilia Metella, y cuatro días después dejábamos atrás los *Estados pontificios*, las Lagunas Pontinas, en tren rápido, y nos engolfábamos en la Campaña, para llegar dentro de poco á Nápoles. « La bella Parténope » la llaman los poetas; y en verdad que es bella esta ondina salida de los mares, sentada en la ribera y custodiada por el Vesuvio, Polífemo celoso que se está allí vigilante, como un hijo de la tierra enamorado de Venus. De Nápoles, á bordo del « Icaro », pasamos á Sicilia, con el objeto de hacer una ascension al Etna, en nuestra simpatía por las montañas ígneas. El compatriota del Cotopaxi, el Tunguragua y el Sangay, bien le debía

una visita al Etna, palacio y fragua de los Titanes. De vuelta de esa excursión, visitamos las ruínas de Siracusa, y embarcándonos en el « Andrea Doria », dentro de poco dimos fondo en el puerto de Marsella, para volver á la capital de Francia.

Así hubiera sido, amigos, si hubiéramos hecho el viaje; pero como no nos hemos movido de París, no damos razón del jubileo pontifical sino por adivinanza, aunque no nos faltan recuerdos de la ciudad eterna. Ese cuadro visto del monte Pincio, verbigracia, no es obra de la imaginación; es un real y verdadero portento de la naturaleza que ha echado raíces en nuestra memoria á despecho de los años.



LAS PATINADORAS



El señor Villamuse, representante del emperador de los franceses en Quito, era hombre tan irascible, de mal genio y mal queriente de la nación donde se hallaba, que ponía reparos á lo más justo y defectos á la naturaleza misma. Donde el barón d'Humboldt hubiera descubierto el paraíso, por la hermosura de la tierra y la suavidad del clima, él estaba irritado y desesperado. « Qué país del demonio éste, decía, sacudiéndose; aquí no tiene uno jamás ni frío ni calor! » Efectivamen-

te, con un termómetro de catorce á diez y ocho grados sobre cero, los habitantes del alto y largo valle comprendido entre las dos crestas de los Andes, desde las planicies del Azuay hasta las caídas de Pasto al Patía, no conocen el frío sino cuando cruzan los páramos, ni el calor sino cuando descienden á las costas. En las ciudades, casi todas erigidas bajo la línea equinoxial, la latitud es casi nula, y el fenómeno de las estaciones viene á ser desconocido. Cuando oyen los ignorantes en Europa que esos pueblos viven bajo la línea ecuatorial, piensan qué están sujetos á los calores del Africa, y llenos de admiración y lástima, dicen: Pero ustedes deben de asarse allí? No nos asamos; lo que nos suele suceder es que nos cocinan la sangre los pícaros, nos la hacen hervir los tontos, y nos la beben los tiranuelos. Pero la madre naturaleza es tan benévola con

nosotros, que si nos alumbra y abriga con su sol resplandeciente, no nos asa ni nos fríe; y por eso se ven obligados á comernos crudos con sus exageraciones ó sus invenciones ciertos viajeros injustos y poco generosos. « Qué demonio! aquí no tiene uno jamás ni frío ni calor. » Eso importa poco, señor ministro. Si las observaciones de vue Excelencia hubieran versado sobre la educación pública, el grado de ilustración de esos pueblos, las costumbres, las artes, pudiéramos nosotros haber sacado algún provecho de ellas; pero con no tener ni calor ni frío, no perjudicamos á las naciones cultas ni sentimos agolpársenos la sangre á las mejillas. Si nuestros males no fueran sino de este linaje, ya nos conceptuáramos los pueblos más felices de la tierra. Lo triste es que en el corazón de esas sociedades políticas y civiles no hay, quizá, el vapor suficiente,

y que, locomotora soñolienta y pesada, arrastra su convoy, tropezando en esos horribles obstáculos que se llaman fanatismo, servilismo, ignorancia, rompiéndolos á duras penas y descarrilando á cada paso.

Adán y Eva no sentían ni calor ni frío: su temperamento era regulado por la espada encendida con que el ángel del Señor custodiaba el paraíso, y no tuvieron de qué quejarse, hasta cuando el infierno respiró sobre ellos y les echó encima ese perro que llamamos la serpiente. Entonces experimentaron, según parece, una ráfaga de calor, y luego un tantico de frío, puesto que buscaron con que cubrirse. Y ahora estoy en un corazón con el ministro de Napoleón III, porque en este punto sí que es malo no tener calor. Si los quiteños no lo tienen, desde aquí los re-

puto por los más tristes de los nacidos. ¡Si no lo tienen! ¿Pues dónde hace la bella serpiente sus más dulces estragos que entre esas Evitas devotas de la Virgen que aseguran la gloria celestial á fuerza de comer manzanas? Tanto el ministro de Napoleón III que se daba á todos los diablos de que no hubiese calor ni frío en Quito, como don Manuel Llorente Vasquez, gran cruz de Isabel la Católica, enviado de su majestad el rey de España, quien no ha hallado tampoco hartos calor en esos altos países, se engañan por la mitad de la barba. Si el señor don Manuel fuera andaluz, vaya con Dios, y quéjese de frío... porque, en efecto, dicen que las sevillanas son ascuas vivas; pero si es de Castilla, donde, según la historia natural del género humano, Eva carece de las fuentes donde bebe la vida el recién nacido, azotada por los cierzos glaciales del

Guadarrama (1), ¿qué derecho tiene para reparar en la falta de calor de la zona tórrida? El que ha hecho una expedición á Rusia contra el pañolón de las hispano-americanas, esto es, una campaña en regla, con un grande ejército de artículos veteranos, piensa, por el contrario, que esas hermosas andinas tienen demasiado calor; pues no venga á contradecirse en Europa con decir que tienen frío; á menos que esa batería de «Abajo los mantos,» no haya sido sino con la segunda intención de contarles los botones de la chaqueta á mis pobres paisanitas. Dice que no tienen sino dos; tres á lo sumo. Cuando yo escriba: «¡Abajo la capa!» veremos cuántos botones tienen los españoles. Al señor Villamuse, ministro del emperador Napoleón, le vi después en una aldea, orillas del Marne, acurrucado al pie de un árbol,

(1) Virey: *Histoire naturelle du genre humaine.*

muerto de frío en plena canícula. Esa ruína lastimosa, ese escombros del género humano, era el francés gallardo, lleno de vida, fuerza y orgullo, que andaba haciendo temblar la ciudad de Quito con los pasos del cojo más engreído y elegante que se pueda ver jamás? El barón de Corvaya, azuzado, ahijado por mí, había conseguido con mucho trabajo el retiro de ese opresor diplomático, esa pesadilla de presidentes y ministros. Ante la desgracia, la enfermedad, la impotencia, no hay resentimiento que valga: no le dirigí la palabra, pero le hice una profunda venia y pasé. Su santa esposa velaba sobre él; esa mujer era una santa. A los cuatro días, supe que Villamuse había muerto. Así pasan las glorias, dice la Escritura; yo digo ahora: Así pasan las soberbias de este mundo. A don Manuel Llorente, ministro de su Majestad Católica, le he

visto en París lleno de vida y salud. Quiera el cielo conservarle tan preciosos dones, porque á pesar de su verbosidad precipitada y adversa á la política y las costumbres de América, no pienso que sea aborrecedor implacable de mi patria.

En lo físico, la elevación de esos países, la altura prodigiosa á que están situadas esas ciudades, la raridad de la atmósfera, donde no pueden condensarse los rayos solares ni tomar asiento; las montañas cubiertas de nieve perpetua de que están rodeadas, modifican la virtud del sol; y de regiones que debieran arder bajo la línea, hacen las más suaves y agradables á la sensación del cuerpo. En el sentir de los astrónomos, la temperatura primitiva de la tierra fué uniforme todo el año en todas las zonas, según la latitud de ellos; más un acontecimiento

extraordinario, un movimiento convulsivo de nuestro planeta, produjo de repente la inclinación de la eclíptica, y del ir y venir del sol por la anchura del zodiaco nacieron las estaciones. Este vaivén es poco apreciable en las comarcas situadas bajo el ecuador, las estaciones no son conocidas en ellas, y sus habitantes no gozan, es verdad, de los favores con que la tierra brinda á los pueblos que ven suceder el calor excesivo del verano al frío riguroso de los polos, interviniendo la temperatura media del otoño y la primavera. La agricultura es pobre en las regiones que no sufren las locuras y violencias del termómetro, ó es opulenta, pero uniforme, en los países cálidos, que son los valles profundos situados al nivel del océano, cuya atmósfera espesa y húmeda ofrece alimento á los rayos solares que la abrasan y convierten

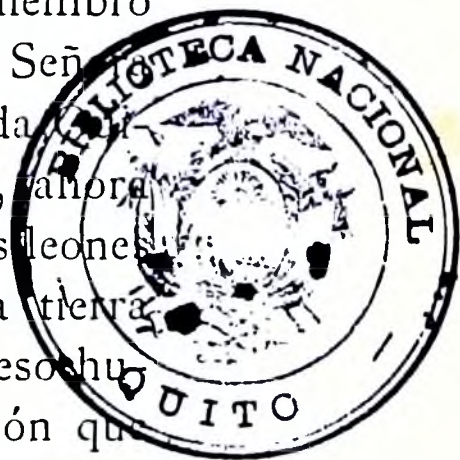
en un mar de fuego. Allí las producciones están dando testimonio de la generosidad de la naturaleza, y, ora en el vigor, ora en la abundancia, nos hacen ver que las entrañas de la tierra abrigan las virtudes primitivas de los grandes frutos. El cacao, hijo del calor y la humedad; el arroz, noble grano, émulo del trigo, que salva y sostiene á la mitad del género humano; la piña, el plátano, postres de los banquetes inmortales, y su séquito de frutas de sabor divino, desconocidas en los países de temperatura benigna. Las comarcas elevadas de los Andes son graneras y lecheras, y muy estrecho el círculo de sus producciones. Pero el trigo, flor predilecta de Ceres, las ennoblece y levanta en la opinión de los dioses; y su doncella, la cebada, humilde y servicial, hace tan buenas obras con los pobres, con la raza desheredada é infe-

lice de los indios, que obtiene la medalla de la virtud en la gran exhibición que de los productos del suelo hacen los Genios amigos del hombre en el palacio de la naturaleza.

La ley de las compensaciones se verifica en esto como en todo. Los temperamentos suaves y agradables no suelen comunicar agitación fecunda á la tierra, ni son propicios á las razas humanas. Donde el hombre tiene que luchar con los elementos es fuerte, por que no puede vivir sin mucho gasto de energía; pero donde la madre naturaleza no exige de él esfuerzos de voluntad y caudales de valor, en débil existencia va rodando insignificadamente por las orillas de la vida, y desaparece sin dejar impresos en la tierra pie de gigante, ni garra de león en la piel de las naciones vecinas. Lo

que va de un yankee formidable á uno de esos brahamines de montaña que viven á la sombra del Rucupichincha, felices á su modo y satisfechos de la parte que les ha cabido, es todo un mundo. El yankee pasa del Senegal á la Siberia, de la Tierra del fuego á Groenlandia sin moverse de su país ; y si tiene en sí mismo la frescura que conviene oponer á los cuarenta grados de calor que echa sobre su alma y su cuerpo el estío, tiene también el calórico que desbarata los cuarenta grados de frío que se le vienen encima durante los meses de invierno. En esta guerra con las furias gana fuerza ; y una vez que se siente fuerte, es enérgico, temerario en ocasiones, trabaja con todo el vigor de su constitución, y pelea con todo el ímpetu de su ánimo. Esa misma raza de hombres trasladada á un clima de orchata de almendra, dentro de poco

se endulza, se afloja, y, caramelo empalagoso, pero inofensivo, no sirve sino para calmante del asma y para dar sueño apacible. Enrique Stanley, que se tira á un mundo desconocido, descubre tierras vírgenes, cruza ríos bravos ó los viola al redropelo; doma y conquista negros cerriles, mata leones, monta elefantes selváticos, arremete con el boa y hace temblar el Africa, sería hermano cristiano quieto y bonachón, ó miembro pacífico de la cofradía de Nuestra Señora del Rosario, en la bienaventurada ciudad de Quito, y aun en la dichosa Bogotá, tanora que cilicios y escapularios son los leones y los elefantes de Stanley en la tierra del 89. Iba yo á decir 93; pero eso hubiera sido injusticia y ponderación que no hubieran quedado impunes. La temperatura agradabilísima y el clima invariable son la encantadora Armida en



cuyos brazos cae y decae el héroe, sin haber vencido sino sombras vanas en figura de fieras maravillosas y de monstruos. Los poetas y los sabios raras veces andan juntos; por ahora el Tasso se halla acorde con Buffón, pues afirma que :

La terra molle e lieta e diletta
Símile a sè gli habitator produce.

Ved pues si yo, sin ser sabio ni poeta, voy fuera de camino cuando doy al César lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios; esto es, vigor, energía, atrevimiento al hijo de clima fuerte y variable; suavidad, indolencia, dulce satisfacción de sí mismo al hijo de clima blando y uniforme.

Y mis patinadoras, ¿dónde están? Aquí, á dos horas, en el bosque de Boloña. Del clima á mi asunto no hay gran trecho;

del frío al yelo no hay ni un paso. Y éste sí que no es viaje de imaginación, como el que acabo de hacer al jubileo del papa; es real y verdadero; y no lo he hecho en ferrocarril ni en buque de vapor, sino á Juan pata, *musa pedestris*, saliendo del recinto fortificado por la puerta Maillot y su magnífica alameda. Los días de invierno, cuando son claros, secos, y el sol se digna mostrarse en un rincón del cielo, son bellísimos en las zonas templadas; tanto más bellos, cuanto que el astro bienhechor se presenta rara vez, muy rara, disipando la neblina, ahuyentando la oscuridad y haciendo brillar más y más la pura nieve de que están vestidos el campo y las ciudades. El de año nuevo fué de todo en todo hermoso : la bóveda celeste, limpia de polo á polo, ostentaba un azul profundo : el sol, frío, pero brillante, iba andando de lado, lejos, muy

lejos del zenit, y sus rayos se nos venían en línea horizontal, abriéndose camino por entre las secas ramas de los árboles. Habría sido furor de misantropía, si hubiera yo buscado el campo, huyendo de la ciudad, ese día, el más festivo del año. El 1.º de enero es solemne en todas partes; en París es feliz para los felices, alegre para los capaces de alegría : regalos, visitas, cumplimientos, delicada, y quizá sinceramente, todo se hace el día de año nuevo. Marido, amante, enamorado, tienen que ser generosos que quieran que no quieran; y ved aquí como en medio del gozo general habrá muchos que padezcan tristezas y amarguras. Viejas y jóvenes, vestidas de gala, se tiran á la calle; y los hombres, metidos en sus gabanes descomunales ó sus tápalotodos aforrados de pieles, andan codeándose con las hermosas á lo largo de los *boulevares*.

Qué digo codeándose! La multitud es tan grande, el apiñamiento tan compacto, que, incorporado uno en un pelotón de mil colores, puede irse de la Magdalena á las Hijas del Calvario sin tocar con los pies el suelo. Después de un viaje de ida y vuelta, para poder decir : « Para que conste lo firmo, » no en hombros, sino en pechos, espaldas y muslos ajenos, alargué el paso, salí de la ciudad y tomé por las alamedas solitarias que rodean el bosque, paseo el más bello y gran señor de cuantos he visto en Europa. El jardín de aclimatación se queda atrás, pero llegan á mí todavía, cual voces encantadas de otros mundos, lejanos, perdidos, misteriosos, los cantos de los francolines, los gritos de las alcatraces, la charla de las loras y los guacamayos encadenados en ese paraíso de los animales. Pongo el oído, me estremezco : la bulla desorde-

nada, profunda y temerosa de las perre-ras cruza el espacio debilitada por la distancia, bien como los ladridos de la jauría con que el caballero Pecopín persiguió durante cien años al ciervo mágico de la Selva Negra. Si será esa otra caza infernal que va á durar un siglo? Después de esta escena casi lúgubre, oída, pero no vista, dos preciosas niñas de cinco á seis años me desencapotan la frente y el corazón. Tras una de esas verjas de fierro dorado que defienden los jardines delanteros de esas casas de recreo, están triscando sobre el césped como dos cabritas, y metiendo un ruído más argentino, dulce y armonioso que el ruiseñor en la primavera. Me detengo al verlas : las niñitas se vienen á mí como si me hubieran conocido ; pele la pava un cuarto de hora, y sigo adelante lleno de envidia del padre de esos serafines. No sé si este buen

señor me enviaría un cartel de desafío, si supiese que una de sus hijas, la más bonita, la más despejada, me dió una bella unión : tomándola de su mata, no ; ya iba yo á mentir : fué de las que vienen de Niza, porque los jardines de París no dan flores en invierno.

La puerta de Neuilly, la de San James se quedan atrás : hé aquí la « vieja encina », *le vieux chêne*, anciano de ochocientos años, dicen, que ha visto pasar como sombras reyes de Francia, emperadores, dinastías, revoluciones y repúblicas, y aquí se está, historia viva, dando cuenta de los sucesos transcurridos á las generaciones que van llegando y deteniéndose un instante al pie de su tronco inmortal. Sólo el tronco vive en ese árbol ilustre : las ramas, secas todo el año, aserradas, mutiladas, rotas, apenas echan cuatro

hojas moribundas en lo fuerte del estío, para dar á entender á los árboles mozos que le rodean y las plantas vecinas, que vive aún. No de otro modo un anciano centenario se hace sacar al sol, los días de fiesta, y vuelve los mustios ojos á las generaciones que han salido de él y le reverencian con nombre de bisñetos y tatarañetos. No hay en París quien no conozca *le vieux chêne*; y muy triste y solitario ha de ser el que alguna vez no haya recibido en letra femenina esta palabra : *Au vieux chêne*... El Castillo de Madrid, faz ó faz de la vieja encina, tiene este discreto confidente. Vieja encina, ¿es un recuerdo, es un sueño lo que se mueve y yergue en mi conciencia cuando te miro con esta respetuosa melancolía con que ahora mismo te estoy interrogando en muda conversación? Despidiéndome de ese Néstor silencio-

so, seguí mi camino, entré al bosque por la puerta de Madrid, y á poco andar me hallé á las márgenes del « Círculo de los patinadores ». Este es un laguito circular que encierra una isla en sus arqueados brazos, y pertenece á una sociedad de elegantes que cultiva el arte del patín; arte desconocido en la América del sur, donde nada se hiela jamás, sino es el corazón de los cobardes y el alma de los serviles; arte que ofrece espectáculo agradable á los ojos, por los mil agraciados movimientos que hace el cuerpo, y las mil figuras que traza el patinador sobre el agua congelada. Bien así entre los patinadores como entre los espectadores había preciosas mujeres; y por Dios que hubiera sido necedad en un *home venido de lueñas tierras* perder el tiempo en ver á los patinadores; no vi sino á las patinadoras, y no me arrepiento; porque la

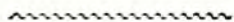
gracia, la suavidad, la velocidad con que se asoman por aquí y desaparecen por allí, alejándose como sombras, se roban la vista : si no se roban el corazón es por que ninguna de esas deidades mitológicas da tiempo. Abriendo y cerrando círculos, formando ángulos á un lado y á otro con largos resbalones, se van, se alejan, y dan lugar á otras más diestras por ventura y más bonitas. Ya vuelven, ya desaparecen otra vez en prodigiosos giros, y en hechas y desechas que son música muda, por que el patín de plata causa apenas sobre el yelo un silbidito apagado, como suspiro de náyade invisible. Allá vienen dos estatuas inmóviles sin usar de pies ni manos. Herguidas, silenciosas, pasan deslizándose por arte mágica, y dan la vuelta á la isla. Quién las mueve? cuál es su fuerza oculta? Una niña de doce años, metida á patinadora,

se cae allí la pobrecita, y su largo, rubio pelo se extiende sobre el bruñido cristal en esparcida madeja. Veinte caballeros se precipitan sobre ella, dos apuestos jóvenes la levantan y, poniéndola el medio, desaparecen en deslices maestros y apasionadas curvas que resuenan á la vista como un tácito canto de victoria.

Embebecido en esta representación, estaba yo perdiendo otra mejor : un perrito no más grande que un conejo, de esos como juguetes que las niñas sacan al paseo tirando de un torzal de seda, perseguía de muerte, allí, cerca de mí, á un hombrete sonrosado, barbudo, bien vestido ; y este majaderón, lleno de terror, hacía por salvar la vida cogiéndose del traje de las señoras y dando vueltas en torno de ellas en fuga por todo extremo ridícula. Grande era mi asombro al

ver á ese zanguango, y por de pronto no pude reirme, á pesar de que las mujeres morían de risa. Preciso es, me estaba yo diciendo, que algo haya de encantamiento y cosa mala en esa bestezuela, para que este bobalicón tenga tanto miedo. « Tití! Tití! no te lo comas! » gritaba la dueña del perro, que era una lechoncita de cinco años, blanca, gorda, crespa, vestida de terciopelo *sangre de toro*. Si fué cosa del diablo, no tuve tiempo de saberlo, porque se me fueron los ojos tras dos amazonas ó señoritas á caballo que, cruzando la alameda de las Acacias, se venían por allí á largo trotegalope, como dos Clorindas. Pasó ese piquete de caballería femenina, y como cuando menos acordé no había ni patinadores ni espectadores, tomé el camino en las manos para volver á París por la puerta Delfina y el arco de la Estrella.

El sol, despojado de sus rayos, en forma de globo de sangre, perezoso, majestuoso, estaba poniéndose tras las colinas de Sevres; y el crepúsculo, con su melancolía y su silencio, abría ya sus alas sobre el mundo y se apoderaba del bosque.



IMPRESIONES

DE UN DIPLOMÁTICO.



Malas han sido en América las del ministro de su Majestad Católica, don Manuel Llorente Vasquez, quien al salir de las repúblicas de origen español, ha publicado en los Estados-Unidos una acta de acusación nada menos que terrible

contra todas ellas ; y sin oportunidad, ó por mejor decir, fuera de tiempo. Si algún cargo se les puede hacer hoy en día á los hispano-americanos respecto de España, es ese concierto de voces tan repetidas, tan apasionadas y azucaradas, que harto se parecen á los juramentos del amante que tiene el corazón lejos de la hermosa por la cual suspira. El cariño extralimitado, el respeto que raya en servilismo, son demostraciones indignas del carácter sincero y grandioso. Besemos la mano de la beldad que nos quita el sueño ; pero, en nuestros amores con los fuertes, los antiguos, vámonos paso á paso, con gravedad y discernimiento, si no queremos que nos traten con esa llaneza aborrecible que se parece al desdén, y esa benevolencia hinchada tras la cual Dios solamente sabe las intenciones, ó por lo menos los deseos, que abrigan

nuestros buenos amigos, los grandes. Todo es España á la hora ésta : nuestros padres para arriba, nuestros padres para abajo. Árbitros en nuestras cuestiones internacionales, dirimidores de nuestras contiendas personales, padrinos de nuestros matrimonios, compadres en nuestros bautizos, todo son hoy los españoles, y todo es « la madre patria, » habiendo desaparecido tiempo há esa escuela de odio y maledicencia que ellos mismos dejaron abierta en el nuevo mundo. De las habladurías de un mal periodista, una persona privada y oscura, no hubiéramos hecho caudal ; mas un ministro diplomático tiene representación pública ; su voz es oficialmente autorizada, y puede ser de gran perjuicio, si no tratamos de achicar su fuerza por medio de la razón y las consideraciones filosóficas. Alegar sucesos inevitables, hechos aislados, para ca-

lificar y juzgar á una raza, no es obra de justicia ni de filantropía; ni siquiera es lógico, porque, según este modo de proceder, no habría nación que no estuviese luchando actualmente con su propia barbarie, ni pueblo que no fuese acreedor á sentencia condenatoria. El auto cabeza de proceso que nos ha levantado el señor ministro de España en el Ecuador, en suma, es contra los españoles; pues díganos, ¿son ó no españoles los hispano-americanos? La clase blanca, principal, es la directora, la que tiene la sartén por el mango. Á un mismo tiempo que la más inteligente, es la más numerosa, y da la ley en la política, en las costumbres. No hay nación sin plebe: ¿y qué fuera de una nación compuesta de miembros iguales en un todo, nación sin plebe, sin pueblo? Los que nos echan en cara nuestros indios y nuestros negros, dan

en el socialismo, sin caer en la cuenta; en el socialismo que les hace temblar, á ellos, monárquicos y tradicionalistas. No tiene plebe España? Los indios y los negros son nuestra plebe, sin la cual, sea dicho en Dios y en conciencia, no pudiéramos vivir, porque ellos son los que trabajan y sudan; así como los españoles se caían muertos de hambre en las calles, cuando el sabio duque de Lerma expulsó á los trescientos mil moriscos que araban y sembraban. Si nosotros, para ser cristianos viejos y españoles puros, vamos á echar en el mar á los negros, y degollamos á los indios, nos moriremos de necesidad, y bien merecido lo tendremos. Pero no, lo que afirman y propagan los viajeros diplomáticos es, que todos somos negros ó indios, ó poco menos. ¿Y quién tiene la culpa de esa perversión y desmerecimiento de la sangre? Somos

nosotros quienes llevamos, ó fueron nuestros buenos padres quienes llevaron de Africa negras con quienes blanquear, y cerraron con las indias algo más eficazmente que Rocinante en el val de las estacas? Pues me gusta! venir á estas horas á achacarnos sus buenas caballerías y hechos de armas, y á decir que no somos españoles puros y cristianos viejos, sino indios comedores de gente, que tenemos por costumbre los suplicios de la inquisición, abolidos anteayer por nuestros augustos progenitores.

» No son muy recientes los *estaqueamientos* y los *enchalequeamientos* del
» Plata, así como el cepo colombiano? »

Los antiguos persas, entre quienes había llegado á lo sumo el arte de los suplicios, conocieron y usaron estos de que habla y que explica el señor Llo-

rente. Desollaban una res, en el cuero fresco acurrucaban al reo condenado, lo cosían y lo echaban al sol. Si los argentinos han ido á buscar los tormentos refinados de los persas, en vez de la sabiduría de los egipcios, son muy culpables ante el siglo décimonono. Pero, ¿cuándo ha sucedido eso? « Son muy recientes », dice su acusador. Quizá Juan Manuel Rosas extremó su tiranía hasta ese punto, por que eso tienen los verdugos del género humano, que gustan de meter ruido y anhelan la fama del horror y el aborrecimiento. Algún principio debe de tener esta horrenda aseveración de hombre tan autorizado como un ministro diplomático. No sabiendo á qué atenerme de fijo, no puedo negar de golpe los hechos que él cita ; pero sí me siento con la razón suficiente para arguir en lo tocante al tiempo, el que de nin-

guna manera puede ser « muy reciente », por que hace mucho que la República Argentina está gobernada por hombres sumamente ilustrados que no hubieran consentido jamás en mancillar su período de mando y su propio nombre con infames transgresiones de las leyes divinas y humanas; esas transgresiones que envilecen á los pueblos y labran la ruína de los mismos que las cometen. Mitre, Sarmiento, Avellaneda, Roca, Juárez Celmán son hombres de nuestra época, que no harían mala figura al frente de la República Francesa. ¿Son éstos quienes cosen en cueros frescos á los argentinos y los echan al sol? En mis escritos mismos podrá hallar el señor don Manuel, quizá, un argumento contra mí y contra los hispano-americanos; pero Rosas, el monstruo á quien acabo de nombrar, tuvo su reinado, así como ha tenido pos-

teriormente el suyo, en otra de esas repúblicas, Ignacio Jarrín, alias Veintemilla. A éste, por falta de talento, no se le ocurrieron los suplicios de los persas ; mas, lo que estuvo á sus alcances intelectuales, lo hizo : mutiló un hombre, hecho horrendo que merecía la horca, y que quedó impune con la fuga del tiranuelo. Ese fué crimen personal y tenebroso, como que nació de los celos, pasión la más privada y oculta. Así es que, como hecho raro, no puede ser dato según el cual vengamos á calificar razonablemente á un pueblo. El hombre es capaz de toda locura, todo crimen y toda vergüenza, y por eso dice la Gran Ley : El hombre es inclinado al mal desde que nace. Como castigo público, como resorte de gobierno, ni aquel malvado se atrevió á usar de ese ignominioso tormento ; antes lo ocultó profundamente, y

lo negó, para honra del crimen. Al paso que los *estaqueamientos* y los *enchalequeamientos* de los argentinos están puestos como pena oficial y negra costumbre. Si fuera mi ánimo contraponer hechos á hechos, ¿qué rica mina de atrocidades no hallaría en la historia de España, no solamente en la antigua, sino también en la moderna? Melo, el historiador clásico que todos saben, en su « Guerra de Cataluña », dice... No lo he de estampar aquí, por que aspiro á que lean mi libro las personas honestas; y por que, según lo dije ya, no me propongo contender, sino defender, mansamente, si es posible, hasta donde alcancen mis conocimientos, á las naciones á que pertenezco por la sangre y los deberes.

« El cepo colombiano » es otra cosa; y éste sí que vive... en manos de espa-

ños. Andando al Amazonas dos viajeros, Proaño y Valverde, por bosques y ríos salvajes, hallaron en las misiones del Napo un cepo cargado de indios desnudos que no habían cumplido con su deber, esto es, no habían podido lavar la tarea de oro en polvo que les impusiera el santo hombre que hacía de cura, alcalde y porquerón. « Aquí tienen ustedes, les dijo un jesuita español llamado « el padre Perez », el emblema é instrumento de la civilización ». Palabras tanto más atroces é impías, cuanto que ése estaba entre los inocentes hijos de las selvas encargado de protegerlos y enseñarles la doctrina cristiana. El cepo, echado de las ciudades, pateado, huye á los desiertos y se refugia en las misiones. Si en alguna cárcel ignorada se ha quedado escondido, ése es un insulto á la ley y un fraude del carcelero ; más el uso in-

fame que de él se hacía antiguamente contra los indios, siempre los indios, no existe ya. El rey don Felipe V fué personalmente á los calabozos de la Inquisición, y, en su presencia, hizo quemar los instrumentos en que se atormentaba á los herejes y las brujas. Noble rey, momentáneamente inspirado por la razón y la justicia, no sabía que su santa providencia no había de tener largo efecto. « El cepo colombiano » podrá volver, si vencen terminantemente los misioneros; pero no hay cuidado que los colombianos lo restablezcan, por que todos ellos, liberales y conservadores razonables, forman una de las naciones más ilustradas y progresistas de la América Española. El cepo, sí, el cepo, yo he tenido la desgracia de verlo y conocerlo. Los indios, siempre ellos; ¿y quiénes habían de ser, puesto que ellos eran los tributarios? Los

indios que no pagaban puntualmente *el tributo*, iban á la cárcel, vivían en ella, y muchas veces morían en el cepo. Los españoles dejaron el tributo de los indios y el cepo; los americanos los hemos abolido. El señor Llorente hace bien de echarnos en cara « el cepo ».

« No conoce todo el mundo la exposición pública de mujeres, colgadas en redes en la plaza pública de Guatemala? »

Don Rufino Barrios hacía esas gracias, según dicen; pero no de bárbaro ni hombre sin entrañas, sino de piadoso y amigo de la salvación de las almas; pues decía que si las colgaba era por acercarlas al cielo y ponerlas en santo aislamiento, á fin de que los ángeles bajasen á hablarlas. Enoc no fué arrebatado así á los aires? Y el profeta Elías? Pues Mahoma! dí-

ganme si no estuvo colgado cien años, y si no se está aún en la gran mezquita de la Meca. ¿Por qué don Rufino, el escribano de Guatemala, no las había de colgar en la iglesia mayor á las más meritorias de sus paisanas? Se ha de saber que no las colgaba en la plaza, sino en la iglesia; ni las dejaba allí encantadas por doscientos años, sino tres horas á lo sumo, hasta cuando las pobrecitas decían: *Siddio!* Cuando tenían hambre, las bajaba también el señor notario, y les servía en persona una mesa de once de comerse las uñas, en el altar de Nuestra Señora de los Dolores. Lejos de ser tirano, venía á ser sacerdote de la hermosura ese galante payo, ó más bien acólito y sacristán, porque con sus manos vertía el vino en copitas de oro como cálices. Decir llanamente «exposición pública de mujeres colgadas,» es presentar los sucesos más

cristianos cual si fueran costumbres turcas. Para exposición de mujeres, á los dominios del Gran Señor ó la Puerta Otomana, señor don Manuel : no solamente exposición, sino también compra y venta; y nadie dirá que el general Escribanía las vendiese ni las comprase. Los que después de muerto este impetuoso reformador han tomado su defensa, han citado en su abono al señor don Manuel Llorente Vazquez, ministro de España en Guatemala, antes de serlo en la república de donde viene; y yo mismo he visto un excelente artículo suyo en « La Época » de Madrid, donde el colgador público de damas y exhibidor de señoritas no sale mal. De otra naturaleza son *el colgamiento y la colgación* de mujeres que exhibieron en el abismo de Igusquiza Jergón y Rosas Samaniego. Mas ya dije que mi propósito no era oponer hechos á

hechos; y así, paso adelante, saludando respetuosamente á las colgadas de don Rufino, quienes, gracias á Dios, están descolgadas hace veinte años.

De la desaparición del general Carrillo en Venezuela, responda don Antonio Guzmán Blanco, á quien parece dirigirse la pregunta: «¿Qué se ha hecho el general Carrillo, desaparecido de Caracas?» Pero ni ese general está obligado á responder, pues don José Antonio Carrillo me ha dicho más de una vez que no fué Guzmán Blanco quien mandó asesinar á su hermano. Y puesto que no hay quien responda, responderé yo, de esta manera. ¿Qué se ha hecho el general Riego, desaparecido de España? ¿Qué se ha hecho el general Mina? ¿Qué se ha hecho el general Prim? ¿Qué se ha hecho el obispo de Madrid? ¿Qué se han hecho

los ilustres españoles que han desaparecido en el huracán de las revoluciones y las guerras civiles, ó en los subterráneos donde el crimen está afilando su puñal y concertando sus proezas? Pasemos á Francia, y preguntemos también: ¿Qué se ha hecho Enrique IV, el mejor de los reyes? ¿qué se ha hecho el duque de Enghien? ¿qué se ha hecho monseñor Darboy? Qué se han de hacer, sino irse á donde los envían los tiranos, aventándolos del cadalso para abajo, ó asertándoles en el corazón. A esta pregunta: «Qué se ha hecho el general Carrillo,» no es á Venezuela á quien toca la respuesta, sino al filósofo, al moralista, quienes saben lo que se hacen los que desaparecen de repente, y á dónde van á parar los miembros del género humano que salen por la tangente en estos giros vertiginosos con que vamos corriendo

por los abismos de nuestras locuras ó nuestras perversidades. Si la desaparición de un hombre fuera dato suficiente para juzgar de un pueblo, ¿cuál sería el que se escapase de la sentencia de barbarie? Si en todo caso exige el señor Llorente una contestación, ahí está don Leocadio Guzmán, español neto, quien debe de saber lo ocurrido en Venezuela en el reinado de su gran hijo don Antonio, cuya ninfa Egeria fué siempre aquel pro- vecto anciano y advertido chapetón.

El Perú es el que ha sacado lo peor en el proceso que nos ha aparejado el viajero diplomático á quien estamos yendo á la mano. Esto de haberse comido la carne de hombres muertos, y bebídose sus cenizas en aguardiente, sería verdaderamente atroz, si el cargo fuese verosímil. Ya los limeños se comieron las

carnes de los Gutierrez ; pues qué cenizas se bebieron? El frenesí del pueblo no fué á tanto, ni jamás han llegado á mis oídos monstruosidades semejantes. Al señor Llorente le informaron con exajeración, sin duda, y ya reconocerá él mismo que se ha excedido en el juicio y el resentimiento. Los tres Gutierrez, amigos, compadres, criaturas del presidente, conspiran contra él el día menos pensado, le prenden y le hacen matar en la prisión. El pueblo, que adoraba á la víctima, fuera de sí de cólera y dolor, toma por su cuenta á los rebeldes, les quita la vida, los quema en los muebles de sus propias casas, y no deja rastro de ellos, sin que ni autoridades ni personas elevadas puedan contenerlo. ¿Quién contiene al pueblo que se echa cual mar embravecido sobre el panteón de los reyes, viola los sepulcros, saca los esqueletos

y las momias, los sacude y abofetea? Quién contiene al pueblo, loco de furor y venganza, que invade los conventos, degüella religiosos por centenas, y se bebe la sangre que corre por iglesias y claustros? El pueblo, cuando se lleva el freno, es bestia fiera, bestia grande y tremebunda : dragón del Apocalipsi, azota la bóveda celeste con su cola de cien leguas, y abre las mandíbulas hambrientas sobre los que tienen la desgracia de vivir en esos tiempos y lugares queridos de la sangre. El pueblo, colectividad intangible, es muy extenso, muy variado, para que el castigo sepa á donde ha de poner el punto. De los hechos del pueblo, cuando pierde el alma, no responde nadie, y volvemos á la conciencia universal del género humano, esta cosa grande y vaga, que á fuerza de llenar consigo mismo el mundo, no tiene á

donde dirigir los golpes de su justicia. Sí, cuando le vuelve la razón, el género humano sabe que ha incurrido en una pena; mas, en dónde la cumple? quién le vela y obliga? Lo peor de los crímenes colectivos es que son anónimos, y que se quedan impunes, siempre impunes. Dios castigará quizá al fin de los tiempos, allá en las lobregueces de la eternidad; los hombres no los pueden castigar. Las violaciones de San Dionisio en Francia, las invasiones de los conventos en España, se han quedado impunes, á fuerza de ser obra de muchos. ¿Qué podía hacer el gobierno del Perú, destruído, contra el pueblo, dueño de su fuerza y su ira? « En presencia de las autoridades », dice el señor Llorente. Los que quisieron intervenir, defender á las víctimas, víctimas criminales, estuvieron en poco de perder la vida. Pónganme uste-

des autoridades que contengan al pueblo cuando se dirige al panteón de San Dionisio al son del *Ça ira! Ça ira!* Ponganme ustedes autoridades que contengan al pueblo que en las ciudades de España se come vivos á los frailes! Ponganme ustedes autoridades que contengan al mar que se encrespa, se levanta, ruge y se suerbe los navíos! Los limeños no se comieron á los Gutierrez, por que no son antropófagos; ni se bebieron sus cenizas en aguardiente, por que no son borrachos de sustancias sepulcrales. Pasó ese viento largo, como pasan todos los que azotan á las naciones en sus días de equinoxio infernal, y los peruanos han quedado lo que han sido siempre; pueblo manso, cristiano, de propensiones y costumbres apacibles, como lo requiere su clima. En cuanto á los modales, Lima tiene fama de ser una de las

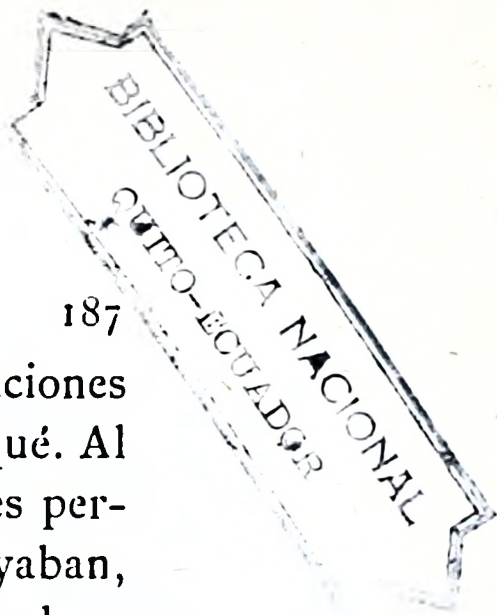
ciudades más cultas de América; y es así, como que no pierde de vista el patrón por el que tiene á gloria cortarse, — París; París en todo. La *tournure*, en el cuerpo y en el alma, todo en Lima es á la francesa; en donde, no puedo negar que se come carne, y aun manzanas; pero no carne-gutierrez; ni que se bebe un poquino, pero no cenizas de difuntos quemados exprofeso, sino dulce elías, y un *cabello dorado* que no le pide favor al tokay ni al roederer. Qué casta abominable de hombres sería esa entre la cual se matase gente para comerle las carnes y beberle las cenizas? Y qué embriaguez satánica la que resultara de esa poción tan contraria á la naturaleza? En todo caso, estos cargos contra los peruanos son cargos contra los españoles; pues digan éstos lo que quieran, sus descendientes de América no son sino la con-

tinuación de ellos mismos, por mucho que nos estén llamando indios y negros. Los indios son unos, los negros otros, y los blancos sin cruzamiento, que componen la inmensa mayoría de las ciudades, son otros muy diferentes.

« No se recuerda la matanza horrible
» de Riobamba, mandada ejecutar por
» el general Otamendi, tan sólo porque
» á su mujer no se la agasajaba en un
» baile como él deseaba? »

Otamendi hacía temblar el mundo. León en la guerra, se llevaba con su lanza legiones de españoles. Era de esos llaneros que, como iba huyendo al enemigo á todo el correr de su caballo, le levantaban por atrás pulcramente las faldas de la casaca, para alancearlos « con aseó. » Este negro rayo de los campos de batalla, era, después de la independen-

cia, el paparrasolla de las poblaciones del Ecuador, sin que se sepa por qué. Al nombre de Otamendi, los hombres perdían el color, las mujeres se desmayaban, y los niños corrían á guarecerse en el regazo de sus madres. Un día hubo gran movimiento en mi casa ; movimiento inusitado y asustado : ¿ qué iba á suceder ? La gente iba y venía, el nombre de Otamendi sonaba á cada instante, y todos, grandes y pequeños, sintíamos ormiguillo en el cuerpo, como si estuviéramos esperando la visita de un aparecido. El gravamen público de los alojamientos militares no existía ya ; pero *el hotel*, este francés cosmopolita, no había aún invadido esos países, y los forasteros se hospedaban en las casas particulares. Á Otamendi le plugo elegir la de mi padre : llegó en efecto con un piquete de lanceros, negros formidables, de morrión



abombado con fiador de cuero de oso. La banderilla roja de la lanza, pabellón de la muerte, estaba prometiendo sangre : ¿cuántos íbamos á quedar con vida en mi casa y en el pueblo ? Echó pie á tierra el general, negrazo bien cortado, elegante, bello en su especie, y tomó posesión de su departamento. Mi padre pasó inmediatamente á hacerle la visita de etiqueta, que fué pagada como entre reyes, allí en seguida, sin más tiempo que el que hubo menester nuestro terrible huésped para deponer el vestido de viaje, y vestirse de ciudad. Bien se me acuerda esa estampa, porque le estuve viendo tras una puerta : pantalón blanco, de paño ; casaca azul, muy larga, de vueltas cruzadas y cuello alto, como son los retratos de los héroes de la independencia. Concluída su visita, mi padre se vino á la familia, y dijo : Qué negro tan

fino y cortesano ! Ese bebedor de sangre era hombre culto y fino ; y de crímenes suyos, no tengo noticia, sino es el de Riobamba. Ahora ved si las circunstancias en que fué cometido no son de las que la ley llama atenuantes. Un magnate convida á las personas principales para un baile : Otamendi, que se halla de paso en esa ciudad, recibe la invitación personal del anfitrión, acepta y ofrece ir con su esposa, invitada también muy encarecidamente. Á hora fija, de brazo con ella, se presenta en la sala. Todos los asientos están ocupados : vuelve los ojos al rededor, y no ve en donde pueda colocar á su mujer : ni señoras, ni caballeros se ponen de pies, y está reinando un lóbrego silencio. La burla era pesada, la afrenta escandalosa. Con tamaña herida en el corazón, él, general, guerrero de los más afamados, cuyos servicios en la

campana de veinte años habían sido grandes, se retira sin proferir un término : aun quieren decir que al irse hizo una profunda reverencia á las señoras ; pero hubo quien viese cruzar por su mirada una centella de muerte. Cuando salió el ofendido, fué ese un alzamiento de alegría cuyas carcajadas fueron á herirle alevosamente por la espalda. Oh Dios ! gente imprudente, gente loca, qué habeis hecho ? « Otamendi ! » « Otamendi ! » Otamendi cae allí como un huracán, encendidos los ojos, desnudo el acero ; pero no mata á ciegas, no degüella : busca al autor principal del insulto, le persigue por los jardines por donde huyen los hombres, le da alcance, le pasa de parte á parte con su espada. No le mató él en persona ; lo hubiera tenido á menos, porque el negro era soberbio ; á un paso estaba del orgullo, afecto ardiente que le-

vanta y salva muchas veces : lo hizo alancear con uno de sus soldados. Esa fué la única muerte que hubo ; y ésta es la « matanza horrible » de que da noticia el diplomático español. Lo peor es que ni siquiera se vengó Otamendi, porque se equivocó su venganza : la víctima fué uno de los convidados, quien se parecía, en hora menguada, al dueño de casa. Lejos estoy de disculpar á Otamendi ; pero yo le quisiera preguntar al más santo castellano lo que hubiera hecho él en caso semejante. Su escarnio propio, pudo haberlo despreciado ; pero la afrenta á su mujer, ese atroz agravio nacido de una celada, yo pienso que sólo un hombre en quien hubiese muerto el alma habría podido llevar en paciencia ; paciencia que le hubiera escarnecido, envilecido y perdido en la opinión y el aprecio de las gentes. ¿Qué debía haber hecho el

general Juan Otamendi abofeteado así públicamente, abofeteado en el rostro de su esposa? Yo no lo puedo, ó no lo quiero decir; y lo dejo para que lo resuelvan los que entiendan de estas cosas más que yo. Desafío? Desafío! No queda atrás mi capítulo del duelo? Por allá no se usa este género de composición, porque los que imaginan y hacen estas injurias y provocaciones son católicos. Ni dónde estaba el Pentapolín del arremangado brazo que aceptara un cartel de Juan Otamendi? Pues digamos que el furor le dió tiempo á este buen negro para estar pensando en desafío ni en pan caliente! El general Juan José Flores, presidente de la República, le castigó con destierro perpetuo. Para que vea el enviado del rey de España que esas « horribles matanzas » no se verificaban en presencia de las autoridades, sin que estas

se atreviesen á oponerse ni á imponer castigo.

« El Ecuador se llama república, por-
« que se llama república; pero en reali-
« dad es un millón de indios para quie-
« nes basta un alcalde.

¡Rara virtud diplomática, provocar á un ecuatoriano á una visita, para decirle estas cosas en su cara! ¿Y qué dirán á su vez los sangre-azules de Quito, más españoles que Caracalsón, más nobles que el conde Ruiz de Castilla, cuando sepan que uno que los ha tratado despacio ha venido á contar con ellos para ajustar su millón de indios? Artetas, Parejas, Alvarez y Villacises, Carcelenes, Ascázubis, Aguirres ya no son nada de esto; son Cunalatas, Andaganas, Tuapantas, Sumbanas, Chicaizas, Bumbunis y Súlquis, porque son indios necesarios para el mi-

llón de don Manuel Llorente. Yo prefiero el hombre al nombre ilustre; pero no hay duda que algo habrán significado en España aquellos apelativos, y que los vasallos de Atahualpa no fueron condes de Casa-Jijón, ni marqueses de Solanda y San José, títulos y familias de quienes aun no acaba de dar buena cuenta la democracia triunfante. Cuando el ministro español daba la ley del buen tono en casa de los Gomez de la Torre, de los Zaldumbides, verbigracia, ¿se figuraba que estaba en chozas de indios, comiendo *chaguar-misqui* y alumbrándose con « velas de sebo? » Qué otra cosa exigiría en una casa aristocrática de Madrid? La civilización en las costumbres, allí se ve en sus más delicadas formas, sin que el manto de las señoras sea un indicio de barbarie. La Condamine, Alejandro de Humboldt, Boussingault, á quienes he

citado otra vez, transcribiendo al pie de la letra las noticias que dan respecto de las capitales de sud-América, están allí, altos y respetables, saliendo por nosotros. Bien sé yo que el señor ministro hará sus escepciones ahora, y es bien que las haga, como hidalgo y leal; mas la dura proposición que me echó encima de modo tan absoluto, requiere esta contradicción, que hago sin cólera, aunque no sin amargura. En fuerte planeta fuimos nacidos los hijos de esos mundos: seremos atenienses por la cultura, lacedemonios por la virtud, portugueses por la nobleza, y todavía hemos de ser indios bárbaros para los europeos á quienes traemos en las palmas de las manos, por quienes nos estamos haciendo unas gachas mientras nos honran con su visita. Benevolencia, prudencia, generosidad, no las usan con nosotros; y lo que

es disimular nuestras faltas, no las disimulan jamás; como si no fuera de pueblos jóvenes y principiantes el errar mucho, lo mismo que el carecer de algunas cosas; y como si no fueran de naciones proventas y pudientes la mansedumbre y bondad con que preponderan sobre las menos esforzadas é ilustradas. « El Ecuador no es sino un millón de indios, para quienes basta un alcalde. » Y como lo dice lo debe de pensar el honrado gachupín, puesto que ha pedido, según afirma, la supresión de la legación de España en Quito.

- Nada tiene que hacer allí un ministro, dice también. Ya lo creo: ¿qué ha de tener que hacer con indios de cusma y poncho? Nada tiene que hacer tampoco, y nada hace, el embajador de Austria en París. Nada tiene que hacer

el embajador de la Gran Bretaña, y nada hace. Cuestiones diplomáticas ocurren pocas veces, y así los trescientos días del año no hacen nada los ministros extranjeros. Nada? Miento : representan á sus gobiernos y honran á sus tronos con manifestaciones de largueza y cortesía que infunden alta opinión de esos monarcas y esos pueblos. El conde de Hoyos, lord Lytton Bulwer están dando golpe ahora mismo con los convites y bailes grandiosos que ofrecen ocupación á los señores de corte, y con que cultivan la amistad de las naciones. Esta canongía de las legaciones y embajadas es uno de los ociosos empleos que, según las costumbres de nuestro siglo, han venido á ser indispensables. Un embajador, un ministro plenipotenciario son testimonio hablante del aprecio que una nación tiene por otra, y su deseo de fo-

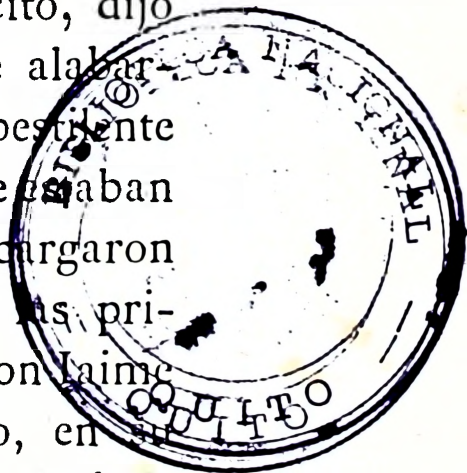
mentar la amistad que reina entre ellas. El dar con larga mano es, muchas veces, decoro y orgullo en el que da, primero que favor para el que recibe : así, el enviar ministros á las repúblicas indica superioridad, riqueza y señorío en los que los envían, antes que grandes merecimientos en los que los reciben. España ha empezado á suprimir sus legaciones en América; peor para ella : Francia, Inglaterra, los Estados Unidos las conservan. Es claro que nosotros tendremos más consideraciones por los que las tienen por nosotros, que por los que nos quieren enviar un alcalde. Alcalde, ya lo esperamos, como no sea el de Zalamea, que se ponga á dar garrote á nuestros grandes. Las academias correspondientes, los círculos íbero-americanos han preparado ya el terreno : enviennos nuestro buen alcalde los españoles ; pero

no empiecen de nuevo con sus alcaldadas, por que darán al traste con amores y amistades. En los burgos más insignificantes, academia correspondiente; en las aldeas más ignorantes, círculo íbero-americano : el cura con sus dos indios sacristanes hace círculo íbero-americano : el ventero, esto es, el tambero, con su burro y su Maritornes, funda círculo íbero-americano; y cuando todo es amor á *la madre patria* en los bodoques de por allá, salimos con que la vieja nos envía un alcalde, por que somos indios. Amigo reconciliado, amigo doblado, no lo olvideis, oh vosotros los destinados á á la vara, Caracalsones y Ruices de Castilla. Pero en resumidas cuentas, ¿por qué no hemos de convenir en ser indios y negros, si sabemos leer y escribir, y no nos dejamos poner la mano en la horcajadura, como sucede con el autor

de este librito? Esto es lo triste, y aquí sí que no le paro el macho al enviado de su majestad católica : mis compatriotas, entendiéndose por tales los sud-americanos, se dejan , si señor! se dejan poner la mano en donde he dicho, y aun más adentro. Va un francés, y les pone la mano en la horcajadura; va un inglés, y les pone la mano en la horcajadura; va un italiano, y les pone la mano en la horcajadura (No es verdad, señor don Rafael?); va un español, y les pone la mano en la horcajadura. En este insolente allanamiento de los calzones, símbolo del hombre, yo no tengo más desahogo ni consuelo que echarme en brazos de don Jaime el Conquistador.

Desde aquí les estoy viendo á mis lectores parar la oreja y abrir la boca á esta salida mía; salida que más bien es en-

trada en un vasto campo de asuntos filosóficos y morales. Dicen los coronistas de los siglos pasados, que hallándose en guerra con los moros ese príncipe, se vió una vez en tal aprieto, que estuvo en un tris de perecer de necesidad. Dilató la vista por el campo, y allá, muy lejos, descubrió una sementera de ajos. O como ajos, ó me muero con mi ejército, dijo el rey; y envió una escuadra de alabarderos á hacer la cosecha de ese pestifento hijo de la tierra. Los moros, que estaban emboscados, salieron á punto y cargaron con tanta gana, que mataron á las primeras más españoles de lo que don Jaime había menester. Pero Santiago, en su caballo blanco, cayó allí de las nubes, rehiciéronse los cristianos, y al grito de: Cierra España! se supieron averiguar tan bien con las armas, que, después de dos horas de pelea, habían dado buena cuenta



del enemigo, aunque no quedaron sino cuatro ó cinco victoriosos. Recogieron éstos sus buenos ajos, volvieron al campamento, y los echaron á los pies del rey. Y mis alabarderos? preguntó éste. Señor, respondió un alfez, se han quedado en la estacada. Don Jaime, silencioso y pensativo, se estuvo una buena pieza contemplando ese trofeo, y dijo : « Caros ajos! caros ajos! » Ved aquí, españoles de uno y otro hemisferio, el inocente origen de la interjección que ha venido á tener, á causa de los malos tiempos, la significación diabólica que le dan los hombres de poco mundo. Habiendo nacido de un hecho heroico y de ocasión tan cristiana como la de matar moros, debía ser vocablo sacrosanto é interjección de las más católicas. Pues no señor; obispos y canónigos la llevan á mal, y si la toleran, y aun la aplauden, en los al-

tercados de viva voz, todavía no la quieren recibir en lo escrito. Hasta cuando de progreso en progreso lleguemos á la cumbre de la civilización, y podamos decir la á boca llena, aun en las composiciones místicas y las oraciones nocturnas, yo supliré ese precioso desahogo, verdadero diamante de la lengua castellana, con la exclamación de don Jaime el Conquistador, cuando vea que mis compatriotas se dejan poner la mano en la horcajadura hasta por los moros que van á pedirles el agua y el fuego, y, de camino, á robarles sus cristianas ó soplarles la dama.

Una de las interpelaciones con que el representante de de su majestad católica me acosó en nuestra ardua plática, fué: « ¿ Qué han hecho ustedes por los indios en setenta años que llevan de independen-

cia? » En estos setenta años, señor ministro, hemos procurado deshacer lo que los españoles hicieron en trescientos. Hemos abolido *las mitas*, que don José Joaquín de Olmedo puso de manera tan patética á la consideración de las Cortes de Cádiz. Hoy no hay *mitayos*, siervos de Rusia, cuya servitud era de ley. Hemos abolido el tributo personal impuesto por los conquistadores y mantenido por tres siglos. Hemos desechado el azote que los españoles dejaron en cuarteles, haciendas y escuelas. Hoy, ni amo ni mayordomo se atreven á azotar á los indios: si los azotan cometen una transgresión é incurren en grave pena. Sólo el cura azota aún, y esto en aldeas montaraces, á donde no llega la mirada del gobernador de la provincia. Azote autorizado, no hay; delitos de azotes, sí los hay, para deshonra y vergüenza de esos pueblos. Suele también

haber azotes diplomáticos, como los que en Guatemala le dieron al cónsul de su majestad británica. Pero si hay cónsules europeos que se den por desagraviados y satisfechos con cantidad de duros de buena plata, ¿ por qué *los alcaldes* de don Rufino Doyfé no se han de entretener en azotar cónsules de primera y de segunda clase, cónsules y vicecónsules ? Los indios son cobrizos, casi negros : déjenle al señor Barrios que vea cosa blanca, si es su gusto ; y los ingleses son como la leche. Si usan *polissón*, no importa ; abajo el *polissón*, y viva don Rufino ! Van estos insulares á hacerse azotar allá por suma de dinero, y vienen á echarnos en cara los azotes con que se enriquecen. Pues no es malo este derecho de gentes.

No escribiría yo en conciencia, si me pusiese á sincerar á los hispano-ameri-

canos del modo como todavía tratan á los indios. Los indios son libertos de la ley, pero, ¿ cómo lo he de negar ? son esclavos del abuso y la costumbre. El indio, como su burro, es cosa mostrenca, pertenece al primer ocupante. Me parece que lo he dicho otra vez. El soldado le coge, para hacerle barrer el cuartel y arrear las inmundicias : el alcalde le coge, para mandarle con carta á veinte leguas : el cura le coge, para que cargue las andas de los santos en las procesiones : la criada del cura le coge, para que vaya por agua al río ; y todo de balde, sino es tal cual palo que le dan, para que se acuerde y vuelva por otra. Y el indio vuelve, por que esta es su condición, que cuando le dan látigo, templado en el suelo, se levanta agradeciendo á su verdugo : *Diu su lu pagui, amu*, dice : Dios se lo pague, amo, á tiempo que se

está atacando el calzoncillo. Inocente, infeliz criatura! Si mi pluma tuviese don de lágrimas, yo escribiría un libro titulado «El Indio,» y haría llorar al mundo. No, nosotros no hemos hecho este sér humillado, estropeado moralmente, abandonado de Dios y la suerte; los españoles nos lo dejaron hecho y derecho, como es y como será por los siglos de los siglos. El zar de Rusia ha abolido la servitud, *le servage*; pero ¿cuándo saldrán de entre esos siervos libertados un Pouckine, un Gortschakoff, un Turgue-neff, un Tolstoy? Las razas oprimidas y envilecidas durante trescientos años, necesitan ochocientos para volver en sí y reconocer su derecho de igualdad ante Dios y la justicia. La libertad moral es la verdadera, la fecunda. Decirle á un negro: «Eres libre,» y seguir vendiéndolo; decirle á un indio: «Eres libre,» y

seguir oprimiéndolo, es burlarse del cielo y de la tierra. Para esta infame tiranía todos se unen; y los blancos no tienen vergüenza de colaborar con los mulatos y los cholos en una misma obra de perversidad y barbarie. En esta materia, el enviado del rey de España me llevará de calles, si me pongo con él; ¿pero cómo me he de poner, cuando soy aliado nato de todos los que hablan por los indios, y se van sobre sus opresores? Don Manuel Llorente Vasquez no ha sabido una cosa, de lo que me alegro mucho; y es que los *hacendados* ó dueños de haciendas, cuando no tienen que hacer en ellas, alquilan *sus indios* á otros dueños, toman de contado el alquiler, y los envían en piaras á sudar la gota gruesa y morir de hambre en otra parte. Señor don Manuel, por Dios! no he dicho nada: que este nefando secreto se quede entre nosotros, que na-

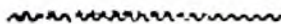
die tenga noticia de este delito de lesa-especie humana; delito que, sea dicho en verdad y justicia, no lo cometen sino esos hombres fieros á quienes oscurece la ignorancia, á quienes enciende y endemonia la codicia. Hay amos justos, bondadosos con los indios: éstos serán los escogidos; y el viajero no tendrá una acusación general que tirarnos como piedra ciega. Aunque en esta embestida, yo, como el justador del Circo de verano, leal y francamente, pero lleno de vergüenza, tengo que responder: *Touché*. Tocado, sí, tocado, y en el corazón; mas no por culpa mía, sino de mi caballo. El paladín español, á su vez, tendrá que confesar: *Touché*, en el terreno de *la esclavitud*. «No reina todavía, pregunta, una especie de esclavitud en la Georgia?» Dijo la sartén á la caldera: Tirte allá, culnegra. Los que *primero son españoles*

que cristianos, los dueños de Cuba, vienen ahora á afearnos á los hispano-americanos con la *especie de esclavitud* del Estado de Georgia. Y á nosotros, ¿por dónde nos toca ni un tris de esa inmundicia, si en los Estados Unidos ha quedado arrinconada una sobra de ella? La emancipación *venidera* de los negros de Cuba es más triste cosa que la *especie de esclavitud* presente de ese rincón de la América del Norte. En Turquía hay aún mercado de mujeres: medrados estaremos, si los españoles vienen á zaherirnos con estos recuerdos geográficos y filosóficos. Si en el Estado de Georgia reina todavía *una especie de esclavitud*, Santiago y cierra España! con los yankees, y Dios nos ayude á todos.

El ex-ministro de España en las repúblicas americanas se ha empeñado en

probar el derecho de conquista: no es precisamente la conquista lo que hemos echado en cara á los españoles; el reproche que les hace la historia es el modo como trataron á los conquistados, y lo que hicieron de naciones que se hallaban en vía de civilización. De los poderosos imperios de Moctezuma y Manco-Cápac, dejaron tristes sobras sujetas á *las mitas* y el tributo personal. «Las Leyes de Indias, las Ordenanzas de Carlos Quinto...» Eso es; y las de don Fernando de Aragón, y las de Isabel la Católica. Los deseos de los reyes eran buenos, sus Ordenanzas, razonables, puesto que no faltara el tributo; pero ahí está Gonzalo Pizarro para cortarle el pescuezo á Blasco Núñez, atrevido que pretende hacer valer las leyes, á nombre del rey su señor. Desde que el papa declaró en una bula que los hijos de América eran hombres,

doña Isabel y su ñeto don Carlos dictaron Ordenanzas de protección; mas sus tenientes les protegían con el cepo del padre Perez y la tarea de oro en polvo. Y no haya más, señor don Manuel: setenta años de independencia, y, si usted quiere, de revoluciones, fanfarronadas y bambolla, sobran para habernos levantado el espíritu y héchonos presumir de nosotros mismos lo necesario para pensar que merecemos algo más que «un alcalde;» el alcalde que va á salir de las Academias correspondientes y los Círculos Ibero-Americanos con que ustedes han inundado las tierras de los treinta millones de indios.



PRO LINGUA.



Me gusta la vigilancia con que algunos literatos montan la guardia en el palacio del idioma; y cuando uno de estos vigías de penetrante vista nos advierte la presencia del enemigo, soy el primero en echar el arma al brazo é ir en defensa de esta segunda religión que se llama lengua pura, lengua clásica. Don Marcelino Menendez y Pelayo me ha dado la voz de : Moros hay en la costa ! y aquí me tienen ustedes lanza en ristre contra ese musulmán llamado « El Espectador », que nos ha traído envuelto en su

manto de rey antiguo un moro Muza desemejable; que puede hacer daño, si no en España, por lo menos en América. Moro Muza digo, y digo mal; es un galo bárbaro, de esos rubios hijos del Sena, del tiempo de Carlomagno, con bigotes como cola de buey bermejo, y borseguíes de cuero de danta con hebillas de fierro. Luego no se trata del conde don Julián, sino de Galalón, que es el emblema de los traidores en Francia. Todo buen francés está obligado á tirarle una piedra á Galalón, dice el primero y el último de los poetas franceses: sepa Víctor Hugo en el Panteón, que todo buen español está obligado á tirarle cuatro piedras al galo intruso que pasa los Pirineos á sobornar y corromper á Miguel de Cervantes. « Romance, dice don Marcelino, es galicismo en la significación de novela. En España nadie

comprende que se habla de una novela cuando se la llama romance ». Como si no hubiera sabido esto, fuí yo á soltar ese gazapo en el tomo segundo de « El Espectador ». *Romance*, en español, es la composición en verso de arte menor, en donde se refieren amores, aventuras ó hechos de armas de los héroes populares. El *Romancero del Cid* hubiera bastado para salvarme de ese error, si, por mucha que sea nuestra buena voluntad, no nos faltaran la atención y advertencia cuando más necesitamos de ellas. Entre franceses, romance es la verdadera novela; y *nouvelles* llaman éstos á las novelillas cortas. Le pongo, pues, de patitas en la calle á ese gabacho advenedizo, y los dominios del « Espectador » quedan libres de moros, francos y lombardos, gracias á don Marcelino Menendez.



POR LA MEMORIA DE LOS

NUESTROS.

Corregida la falta de lenguaje con que salió empañado ese librito, corriamos la falta de historia con que no queremos empañar el nombre de la persona que, lejos de merecer el vituperio tácito de que fué víctima, es acreedor á la mención honrosa que nunca hemos regateado á los hombres de bien y buenos ciudadanos. El consejo de guerra que condenó al último suplicio á uno de los matadores de don Gabriel García Moreno, presidente de la República del Ecuador, no fué el mismo que dictó la

sentencia en razón de la que subió al patíbulo un inocente; al contrario, ese consejo le había salvado. Mas ya que para ese consejo fué inocente Campuzano, preciso era otro que le buscara el crimen. Si el segundo le hubiera absuelto, como el primero, ahí estaba el tercero para condenarle. Y siendo también inocente para el tercero, ¿qué había sino nombrar un cuarto consejo *ad hoc*? Cuando la ley se viste de volatín y se pone á hacer estas ruines pruebas, es el personaje más odioso é infame de la tierra. Murió Campuzano por sentencia del segundo consejo, y no *del mismo*, como, por ausencia é ignorancia, dijimos en el tomo segundo de esta obrita. El general Mata presidió el primero, que cumplió con la justicia y el deber; á la iniquidad del segundo, fué completamente extraño. El jóven Mata, hijo de

ese militar de conciencia y pundonor, no tenía necesidad de hacer una reclamación; hubiera sido suficiente darnos la luz; pues si muchos errores, y quizá algunas violencias, se registran en nuestros escritos, asomos de mala fé, nadie los descubrirá. Los deberes del hijo respecto del padre se avivan y crecen el día que éste desocupa el lugar : desgraciado del hombre que no deja su memoria en manos de quien sepa guardarla! La tumba de nuestros padres es para nosotros la cosa más sagrada del mundo; y por eso, los que no han roto con las leyes naturales y sociales son guardianes perpetuos de ese santuario. El buen hijo está siempre en guerra con los perseguidores de su difunto padre.

